

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 26
Feb. Marzo-Abril. 2022

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Guerra ruso-ucraniana: El imperialismo, por la fuerza de las armas, exaspera el nacionalismo de cada país

El *Hilo del tiempo* de 1949, titulado *Pacifismo y comunismo*, comienza con estas palabras:

En la tradición de los marxistas revolucionarios hay una oposición muy sólida al nacionalismo y al militarismo, a todo el belicismo basado en la solidaridad de los trabajadores con el Estado burgués en guerra por las famosas tres razones fraudulentas: la defensa contra el agresor - la liberación de los pueblos gobernados por Estados de otra nacionalidad - la defensa de la civilización liberal y democrática. Pero una tradición no menos sólida de la doctrina y la lucha marxista es la oposición al pacifismo, una idea y un programa poco definibles, pero que, cuando no es la máscara hipócrita de los preparadores de la guerra, aparece como la necia ilusión de que prejuzgando la definición y el desarrollo de los contrastes sociales y de las luchas de clases se debe, desde bandos opuestos de opiniones y alineamientos de clase, coincidir en el objetivo de la «abolición de la guerra», de la «paz universal» (1).

En la guerra ruso-ucraniana han aparecido todos estos motivos fraudulentos, incluida la reivindicación pacifista de la abolición de la guerra y la paz entre los pueblos.

Defensa contra el agresor: para la Ucrania burguesa y los imperialistas

euroamericanos, el agresor hoy es la Rusia de Putin, porque con sus tanques ha cruzado las fronteras que separan a los dos países, invadiendo a la suave, pacífica y democrática Ucrania. Sólo por eso, para el gobierno de Kiev y las cancillerías imperialistas occidentales, la «guerra defensiva» es más que justificable, y apoyarla es un deber del mundo libre, del mundo democrático, del mundo que quiere la «paz universal». Así, la cuestión de la guerra, en plena era imperialista, se reduce simplemente a una cuestión de «agresión» y «defensa». Desde el punto de vista burgués e imperialista -es decir, desde el punto de vista de las burguesías que siempre han estado luchando y en guerra entre sí desde que existen- plantearlo en estos términos es lógico; forma parte de la propaganda de las respectivas burguesías. Por un lado, por ejemplo, el lado ruso, la agresión se justifica porque el gobierno de Kiev oprime a la minoría de habla rusa que vive principalmente en Crimea y Donbass (opresión lingüística, cultural, administrativa y política); por lo tanto, esta «agresión» (llamada «operación militar especial») no sería más que la respuesta militar «en defensa» de la mino-

ría de habla rusa que ha sido atacada por el gobierno ucraniano a través de su ejército y las milicias locales. Del lado ucraniano, la «guerra defensiva» se justifica porque el objetivo es defender la integridad territorial de la nación, su «independencia» proclamada tras el colapso de la URSS en 1991, su giro democrático y su «libertad de elegir» con quién aliarse: en este caso, económica y políticamente, con la Unión Europea y, militarmente, con la OTAN. Es obvio que esta «elección» está a favor de los intereses imperialistas de los países de Europa Occidental, Estados Unidos y las facciones burguesas que han expresado los gobiernos de Poroshenko y Zelensky, y va directamente en contra de los intereses imperialistas de Rusia (esté Putin en el gobierno o cualquier otro, el fondo no cambia).

Defensa de la civilización liberal y democrática: para la Ucrania burguesa, la civilización liberal y democrática no es más que la ideología con la que se revisten los intereses del capitalismo nacional; ideología e intereses que sub-

(sigue en pág. 2)

La guerra burguesa y la propaganda del horror

La propaganda del terror es, para la burguesía, un arma de guerra. Por supuesto, todos los beligerantes utilizan este arma para sus propios fines. El objetivo más importante, que se persigue documentando con imágenes reales y especialmente fabricadas, es justificar la guerra contra el enemigo contra el que se ha convocado a su propia población, compactándola en la gran y milagrosa unidad nacional gracias a la cual se puede aumentar la fuerza de impacto, o resistencia, de las operaciones bélicas.

En particular, a partir de la segunda guerra imperialista mundial, las

guerras que libran las clases dominantes, por el interés exclusivo de repartirse los mercados y el mundo, implican cada vez más a las poblaciones civiles de los países donde se producen los enfrentamientos militares. Por supuesto, al golpear a la población civil de los países «enemigos», el objetivo es amortiguar el espíritu de lucha de sus tropas militares, debilitándolas, desorientándolas, desmoralizándolas, empujándolas a la rendición. Cuanto más resiste el «enemigo», más se golpea a su población civil, se la masacra, se la obliga a huir de sus

(sigue en pág. 6)

EN ESTE NÚMERO

- Vida de partido: *Reunión pública sobre la guerra imperialista y el conflicto ruso-ucraniano.*

- Sobre el hilo del tiempo: Pacifismo y comunismo.

-El imperialismo ruso, en el choque con el imperialismo estadounidense y los imperialismos europeos, mueve sus tropas a la reconquista territorial de las áreas estratégicas de Ucrania: después de Crimea ¿el Donbass y luego Odessa?

- Presentación de la revista *Programa Comunista.*

Guerra ruso-ucraniana

(viene de la pág. 1)

yacen en el nacionalismo ucraniano frente al ruso, ambos basados en el sistema económico, político y social del capitalismo, con todo lo que ello conlleva en cuanto a la defensa de los intereses de los dos capitalismo nacionales en liza en términos económicos y militares, en términos de tratados y alianzas internacionales. La civilización democrática (después de la segunda guerra mundial perdió definitivamente su aspecto «liberal») no es otra cosa que la civilización del capitalismo en la era del imperialismo, de ahí el impulso congénito de acaparar territorios económicos, zonas de influencia, anexiones, incluso enfrentamientos militares con burguesías extranjeras con el fin de asegurarse el poder para defender y desarrollar salidas para sus capitales y mercancías y, por supuesto, la explotación de un proletariado nacional sometido y controlado.

El nacionalismo, en la época histórica de los acuerdos nacionales, cuando los movimientos revolucionarios nacionales derrocaron a los antiguos poderes feudales y aristocráticos, expresó el progreso histórico tanto político como económico. El objetivo de la independencia política de las potencias imperial-feudales del siglo XIX (léase Prusia, Austria-Hungría, Rusia, Japón) era el objetivo principal de las burguesías de los pueblos oprimidos, y las guerras revolucionarias para derrocar a esas potencias, desde el punto de vista del progreso histórico, eran sólo guerras. A los belicistas que quieren, en los países imperialistas, el apoyo del movimiento obrero y de sus partidos al Estado burgués y a su guerra -como nos recuerda la cita del principio de este artículo- se oponen los belicistas, es decir, los que apoyan y sostienen la guerra de liberación nacional y que, con esta guerra, dan un paso adelante en la historia. Ambos quieren el apoyo del proletariado, lo buscan y lo solicitan con toda forma de propaganda y todo acto de fuerza, aunque los dos

tipos de guerra no son comparables. En la larga fase histórica de desarrollo del nuevo modo de producción capitalista y de la clase burguesa, la guerra librada contra los poderes feudales no era ciertamente «defensiva», era claramente ofensiva, era una guerra revolucionaria en la que el proletariado también estaba interesado, no sólo porque estaba atormentado por la explotación y la represión, sino también para liberarse de las miles de ataduras personales que lo oprimían. Por otra parte, toda revolución tiene un carácter ofensivo, de lo contrario no sería una revolución. Pero las guerras que los Estados burgueses libran entre sí para repartirse los mercados no son guerras revolucionarias, ni guerras de agresión ni guerras de defensa: son precisamente la continuación de la política de conquista de los mercados, una política llevada a cabo por otros medios, y precisamente por medios militares de ambos bandos beligerantes.

Liberación de los pueblos gobernados por Estados de otra nacionalidad: un pueblo gobernado por un Estado de otra nacionalidad sólo se liberará a través de la revolución; nunca logrará el fin de su opresión a través de un proceso de democratización, de un referéndum, de negociaciones pacíficas para una «solución diplomática», como propagan los burgueses, ni a través de formas de guerra de guerrillas partidistas llevadas a cabo en interés de clanes y grupos sociales que se reparten fragmentos de poder local dentro de una explotación más amplia de los recursos naturales y del trabajo. Tampoco tendrá éxito con la guerra que otros estados burgueses librarán, bajo la bandera de la «libertad del pueblo oprimido», contra el estado que los gobierna y oprime, y en aras de la guerra presiona a su proletariado para una «unidad nacional» que sólo sirve para fortalecer el poder burgués y mantener vivo el sistema económico capitalista, oprimiendo así a los proletarios y a los pueblos más débiles. Como se mencionó en el punto anterior, considerando que el fin de la segunda guerra imperialista abrió otro frente, el de los movimientos nacional-revolucionarios de los pueblos coloniales, los pueblos oprimidos sólo tenían una salida a la opresión colonial, la de la revolución en la que las masas de burgueses, campesinos y proletarios tenían un interés histórico común: derrocar el poder de los estados colonialistas, obtener la independencia política, desarrollar la economía del país en una dirección capitalista que, como ha demostrado el marxismo, proporciona la base para la lucha por el socialismo. La perspectiva socialista revolucionaria se mantiene perfectamente intacta: el proletariado de las colonias tiene una tarea histórica de clase que va más allá de la independencia política y de la economía burguesa, por lo que el camino

que debe tomar se aparta inevitablemente de la vía nacional-revolucionaria burguesa: es, en efecto, el camino de la revolución proletaria y antiburguesa, un camino que excluye la opresión de otros pueblos, la anexión de otras naciones y, por tanto, la alianza con cualquier Estado burgués, imperialista o no. El único aliado del proletariado de una nación es el proletariado de todos los demás países, porque esta alianza se basa en los intereses de clase que son internacionales porque el proletariado de cada país, es la única clase, sin reservas, sin patria.

En los mercados se mide la fuerza económica, financiera, política y militar con la que los capitalismo nacionales luchan en competencia entre sí; en la fase imperialista en la que vivimos desde hace más de cien años, las fuerzas determinantes son las grandes concentraciones industriales y financieras, los grandes monopolios y los grandes estados que defienden sus intereses a nivel mundial. En el choque de estos intereses imperialistas contrapuestos, las pequeñas naciones, las semipotencias regionales, tienden a posicionarse -aunque no siempre lo consiguen- en las líneas de menor tensión para poder sobrevivir más tiempo en su papel de socios de las grandes potencias mundiales y disfrutar, gracias a las posiciones adoptadas, de ventajas que antes no tenían. En el caso de las repúblicas federadas que formaban parte de la URSS, con la crisis de 1989 que se prolongó hasta su colapso en 1991, la mayoría de los países de Europa del Este, menos Bielorrusia, Moldavia y Ucrania, se vieron arrastrados entre 1999 y 2004 a la esfera de influencia de la Unión Europea y, a través de ella, a la de la OTAN y, por tanto, a la de Estados Unidos de América. No sólo se derrumbó la URSS y su sistema de satélites en 1991, sino que también se disolvió inevitablemente la alianza militar del Pacto de Varsovia establecida en 1955 en oposición al avance de la OTAN en Europa.

Inevitablemente, Rusia se ha encontrado, en el espacio de unos pocos años, bordeando Occidente con los países miembros de la OTAN: directamente con los Estados bálticos, e indirectamente, dado que Bielorrusia, Ucrania y Moldavia están en medio, con Polonia, la República Eslovaca, Hungría y Rumanía. El único país que está muy cerca, tanto económica como políticamente, de Moscú es Bielorrusia; de hecho, ha dado un apoyo total a las iniciativas militares rusas desde 2014, con la anexión de Crimea, y a la actual guerra en Ucrania.

El derrumbe del Muro de Berlín en 1989, la anexión de Alemania Oriental por parte de Alemania Occidental (llamada «reunificación alemana»), el colapso de la URSS en 1991, produjeron en Rusia las mismas consecuencias que una guerra perdida. Pero como la gran potencia militar que siempre ha sido, y además una gran potencia nuclear, Moscú nunca se habría quedado de brazos cruzados es-

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros

C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 -
Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

perando a ser asfixiada por los imperialistas euroamericanos. Además de su energía nuclear, Moscú posee grandes cantidades de petróleo, carbón y gas, que constituyen el grueso de sus exportaciones, tanto a China como a Europa Occidental, a través de una serie de oleoductos que atraviesan el Mar Báltico, Bielorrusia y Ucrania. Por tanto, Bielorrusia y Ucrania son importantes no sólo por su situación geográfica y su producción minera y agrícola -Bielorrusia tiene una industria tecnológica avanzada, mientras que Ucrania es un gran exportador de cereales y tiene una experiencia avanzada en tecnología nuclear, como Rusia-, sino también porque pueden proporcionar a Moscú un importante anillo territorial de protección hacia Europa Occidental en los lados oeste y suroeste. Los acontecimientos históricos no han permitido a Rusia conquistar los Dardanelos y, por tanto, controlar directamente los flujos comerciales y militares entre el Mar Negro y el Mediterráneo; pero la anexión de Crimea, con el tramo de continuidad territorial hasta el Donbass que es objeto de los enfrentamientos más devastadores de este mes de guerra, con el control relativo del Mar de Azov, le permitiría aumentar significativamente su peso en las relaciones con Turquía y Oriente Medio y, por tanto, con todos los demás Estados imperialistas.

Los motivos imperialistas de Rusia son ciertamente claros, sea cual sea el clan de oligarcas que esté en el poder; los motivos que impulsan a Ucrania, en cambio, son mucho menos claros, sobre todo teniendo en cuenta que ningún país de la UE, ni Estados Unidos, aunque sean generosos en sus declaraciones de apoyo político, económico e incluso militar, tienen interés en ir a la guerra contra Rusia por Ucrania. Está claro que no se trata de una guerra local entre dos naciones por un pedazo de tierra, por muy importante que sea ese pedazo de tierra. Es una guerra que se libra a nivel local pero que tiene fuertes implicaciones internacionales porque se inserta en un teatro geopolítico -Europeo- en el que tuvieron lugar las dos anteriores guerras imperialistas mundiales; y porque, al ser Rusia un gran exportador de materias primas energéticas de gran importancia para los países europeos, sus suministros no son fácil y rápidamente reemplazables.

Ni Berlín, ni París, ni Londres, ni Washington, ni Roma, y menos aún Moscú o Pekín, tienen hoy interés en organizar una guerra mundial; ninguno de ellos está dispuesto a apoyarla, ni económica ni militarmente. Es cierto que en el desorden mundial que sigue a la desintegración de la URSS, las distintas potencias imperialistas intentan poner a prueba la resistencia de las antiguas alianzas y la posibilidad de nuevas alianzas bélicas. Todos ellos están dispuestos a realizar ejercicios, maniobras y

operaciones militares simulando ataques, desembarcos y probando el armamento más sofisticado y diversas tácticas militares en tierra, mar o aire; por otra parte, esto es lo que han hecho hasta ahora en los distintos escenarios de las guerras locales (desde las guerras de Yugoslavia hasta Afganistán, desde Libia hasta Irak y Siria, desde Chechenia hasta Chad y Sudán, desde el Congo hasta Uganda, desde Burundi hasta Yemen).

El hecho de que el choque entre las potencias imperialistas se produzca a través de guerras locales no quita que se trate de guerras imperialistas, aunque no globales en el sentido de que el choque no ha llegado todavía al punto de la guerra directa entre las potencias imperialistas que pretenden repartir el mundo en zonas precisas de influencia.

Cuanto más se acercan los enfrentamientos bélicos a Europa, como en las guerras de Yugoslavia, más se eleva la propaganda de la defensa de la patria. En el caso de la guerra ruso-ucraniana, la defensa de la patria es una consigna para ambos países beligerantes: Rusia «defendiéndose» del avance a sus puertas de la alianza militar occidental, la OTAN, y «defendiendo» a las poblaciones rusófonas que viven en Ucrania de la opresión y represión política y cultural aplicada durante años por los gobiernos de Kiev; Ucrania «defendiendo» su actual «integridad territorial» (que, por otra parte, nunca fue conquistada mediante una revolución burguesa contra el zarismo, al estilo francés) de la invasión de los tanques rusos, después de haberse alquilado al imperialismo competidor, el occidental. Quién lanzó el primer ataque o quién empezó la guerra primero no tiene ninguna importancia decisiva para los comunistas revolucionarios, no cambia su perspectiva ni su táctica. A este respecto, entre los numerosos escritos de Lenin sobre la guerra, queremos citar uno poco conocido pero muy claro. Se trata de las resoluciones redactadas por Lenin y aprobadas en la Conferencia de Secciones Extranjeras del POSDR celebrada en Berna en febrero y marzo de 1915 (2).

Tras describir brevemente el contenido real de la actual guerra imperialista, Lenin pasa a esbozar el contenido de la crítica marxista, válida para todas las guerras imperialistas:

Toda la historia económica y diplomática de las últimas décadas demuestra que los dos grupos de naciones beligerantes se han preparado sistemáticamente para una guerra de este tipo. La cuestión de qué grupo dio el primer golpe militar o cuál fue el primero en declarar la guerra no tiene importancia para determinar la táctica de los socialistas. Las frases sobre la defensa de la patria, la resistencia a la invasión enemiga, la guerra defensiva, etc., son, por parte de ambos bandos, todo un engaño para engañar al pueblo.

La crítica marxista, de hecho, ya había enmarcado históricamente las guerras nacionales, las que tuvieron lugar en Europa de 1789 a 1871; ellas, escribe Lenin, *se basaban en una larga sucesión de movimientos nacionales de masas, de lucha contra el absolutismo y el feudalismo, por el derrocamiento del yugo nacional y la creación de estados sobre una base nacional, que eran la premisa del desarrollo capitalista.* En cuanto a la ideología nacional, es decir, el nacionalismo, he aquí las palabras de Lenin: *La ideología nacional, surgida en aquella época, dejó profundas huellas en las masas de la pequeña burguesía y en una parte del proletariado. Hoy, en una época completamente diferente, es decir, en la época del imperialismo, los sofistas de la burguesía y los traidores al socialismo se sirven de este hecho y los siguen para dividir a los trabajadores y desviarlos de sus objetivos de clase y de la lucha revolucionaria contra la burguesía.*

No cabe duda de que los sofistas de la burguesía -léase sus intelectuales, sus propagandistas, sus personajes más cultos- y los traidores al socialismo, y al comunismo, han continuado su labor para desviar a las masas proletarias de la lucha por sus intereses de clase, tanto en el terreno inmediato como en el más general, más aún ante las crisis bélicas. El movimiento proletario a nivel internacional ha sido golpeado muy duramente por la contrarrevolución burguesa que, tomando la forma de la «construcción del socialismo en un solo país» tan querida por el estalinismo y sus epígonos, lo ha hecho retroceder más de cien años, hasta el punto de destruir por completo incluso la memoria de las luchas revolucionarias que lo vieron protagonizar en las primeras décadas del siglo XX y que lo llevaron a la victoria en el Octubre ruso de 1917, aunque en un país capitalistamente atrasado.

Hoy, las palabras de Lenin, como las que, en continuidad orgánica con las suyas, ha repetido mil veces la izquierda comunista de Italia, aparecen como palabras al viento, como si no tuvieran ninguna relevancia para la realidad concreta que el proletariado tiene ante sus ojos. Esos rastros profundos de la ideología nacional, recordados por Lenin, y que el estalinismo ha arraigado aún más profundamente en capas cada vez más amplias del proletariado, en realidad siguen trabajando a favor de la defensa del Estado burgués, de la patria burguesa, del sistema económico capitalista. Con el movimiento de clase del proletariado internacional y su partido de clase destruidos, las generaciones proletarias de hoy no han recibido las lecciones que los proletarios de los años 20 experimentaron directamente en sus propias carnes. Las fuerzas contrarrevolucionarias

(sigue en pág. 4)

Guerra ruso-ucraniana

(viene de la pág. 3)

de conservación social han logrado hasta ahora borrar de la memoria del proletariado esas experiencias, esas lecciones. Esta guerra de rapiña ve, por un lado, al imperialismo ruso conquistando un territorio económico perdido hace treinta años, por otro lado, al capitalismo nacional ucraniano, apoyado por los imperialistas occidentales, opositores de Moscú, desempeñando el papel de punta de lanza del imperialismo euroamericano interesado en ampliar los territorios económicos ya conquistados tras el derrumbe de la URSS en 1991 y, por otro lado, el imperialismo chino sentado como convidado de piedra en una hipotética mesa de negociaciones para el reparto de las zonas de influencia actualmente concentradas en Europa del Este y Oriente Medio. Esto demuestra que Europa vuelve a ser una de las zonas de tormentas más disputadas del mundo.

Ya en 2014, en el momento de la anexión de Crimea, Rusia, buscando un punto de apoyo en Europa Occidental, había propuesto a Polonia, Rumanía y Hungría la partición de Ucrania. Rusia quería no sólo Crimea, sino también las regiones del sur y del este (Odessa, todo el Donbass y la región de Kharkiv), mientras que Polonia iba a recibir cinco regiones occidentales (Lviv, Volinia, Ivano-Frankivs'k, Ternopil' y Rive), Rumanía la región de Chernivci y Hungría la región de Transcarpacia, reduciendo el territorio de Ucrania a menos de la mitad del resultante tras el colapso de la URSS (3). Obviamente, no se hizo un seguimiento, ya que los tres países pertenecían a la OTAN y el documento, que evidentemente debía permanecer en secreto, fue revelado. Pero ya en ese momento Rusia había desplazado hasta 100.000 soldados a las fronteras con Ucrania dispuestos a invadir el país... La guerra ruso-ucraniana de hoy ya había sentado las bases en 2014.

El transcurso de la actual guerra, más de un mes después de su inicio, demuestra lo equivocadas que estaban las predicciones de ambos bandos. La Rusia de Putin probablemente creyó que sería capaz de llevar a cabo una guerra relámpago, llegando en pocas semanas a obligar a Kiev a rendirse a las exigencias de Moscú (reconocer la anexión de Crimea y las repúblicas autónomas del Donbass, cerrar con la OTAN como había hecho Finlandia y proceder a la «desmilitarización», es decir, sin armas pesadas y nucleares). Rusia, por el contrario, no esperaba una compactación tan rápida de los países europeos y de los Estados Unidos, gracias a la cual se han aplicado fuertes sanciones económicas y financieras que la han puesto en graves dificultades, cuyas consecuencias recaerán inexorablemente sobre las condiciones de vida del proletariado ruso.

La Ucrania de Zelensky probablemente creyó que también podría involucrar militarmente a los países europeos y a Estados Unidos, aprovechando su interés en contener a Rusia, incluso por la fuerza, dentro de las nuevas fronteras creadas por la caída de la URSS. Es cierto que la Unión Europea está interesada en incorporar a su red un país como Ucrania (48 millones de habitantes, sin contar los cerca de 3 millones de Crimea y Sebastopol), por varias razones: el mercado que representa, su desarrollo industrial (siderurgia, química, nuclear, alta tecnología, etc.), y su desarrollo agrícola (es un gran exportador de cereales). Obviamente, también lo es para Estados Unidos, para quien representaría un puesto más de la OTAN desde el que controlar más de cerca la flota rusa del Mar Negro, que tiene su base en Sebastopol. La resistencia no sólo del ejército ucraniano, sino también de su propia población, que semana a semana se ha convertido en una milicia partisana, ha sorprendido en cierta medida a los estrategas rusos que, según los informes de varios reporteros, han enviado a la guerra a soldados muy jóvenes e inexpertos. Entonces, ¿para qué? Con el fin de mantener un poder burgués en Kiev inclinado totalmente a las necesidades imperialistas de Euroamérica o, por el contrario, a las necesidades imperialistas de Moscú, del tipo de gobierno de Yanukovich.

En estos ocho años de guerra ruso-ucraniana, de ser una guerra de «baja intensidad» con sus 20.000 muertos se ha transformado en una guerra de máxima intensidad. La prueba más dramática de ello es la destrucción de las ciudades, la masacre sistemática de la población y la huida de entre 8 y 10 millones de personas de las ciudades y pueblos devastados, la mitad de las cuales ya han llegado a los países vecinos de Polonia, Eslovaquia, Moldavia, Rumanía y Hungría, mientras que la otra mitad deambula dentro del país de una región a otra en busca de un lugar donde comer y sobrevivir. Pero, como ocurrió en las anteriores guerras de Siria, Irak y Libia, a la devastación de la guerra le seguirá una situación de incertidumbre permanente, de tensiones nunca resueltas, de una «paz armada» que será presagio de nuevos enfrentamientos bélicos.

Las «negociaciones» no traerán ningún resultado definitivo, porque los enfrentamientos interimperialistas no serán sanados, aún sólo temporalmente, si no es por actos de fuerza de ambas partes. Demasiadas veces en la historia del desarrollo del capitalismo europeo, un país clave para los equilibrios (y desequilibrios) entre las potencias europeas, como lo fue Polonia en su día, y como lo ha sido Ucrania en las últimas décadas, ha sufrido las consecuencias de la guerra entre potencias más fuertes: es atacado, desmembrado, rearma-

do, utilizado como objeto de intercambio para fines que nada tienen que ver con los intereses de la nación en cuestión. Sobre todo porque el nacionalismo polaco, como el ucraniano, como cualquier nacionalismo actual, tiene sentido exclusivamente para engañar a las masas proletarias, para doblegarlas a reivindicaciones exclusivamente burguesas y capitalistas, para desviar los impulsos a la lucha de clases de los respectivos proletarios en la lucha por la defensa de la patria, de la economía nacional, para defender un sistema político y económico que se basa exclusivamente en la explotación más desenfrenada de la fuerza de trabajo proletaria, en su carne y su sangre.

Los proletarios rusos y ucranianos, directamente implicados en esta guerra, están completamente desarmados desde el punto de vista de sus intereses de clase. Constantemente engañados sobre la capacidad del sistema económico capitalista de rehacerse para satisfacer las necesidades de las masas, después de haber sido engañados durante décadas sobre un socialismo que nunca se realizó y que era idéntico como una gota de agua al capitalismo, son arrastrados a la guerra como bestias al matadero, convencidos o no, a ambos lados del frente, de que deben «defender la patria». Y los proletarios europeos y norteamericanos, bombardeados por una insistente propaganda de guerra contra Putin, el malvado agresor, el criminal, el terrorista de turno, también están implicados en una operación de unidad nacional que sirve a los poderes burgueses tanto en lo inmediato -para la recuperación económica tras la crisis pandémica- como para futuros enfrentamientos bélicos.

Los proletarios de todos los países, que están siendo preparados para la guerra imperialista, sólo tienen y tendrán una salida: la vía de la revolución de clase, la vía indicada por el marxismo y tomada por los proletarios franceses con la Comuna de París en 1871, por los proletarios rusos en 1905 y de nuevo, mucho más claramente, en 1917, por los proletarios alemanes, húngaros, italianos y serbios durante e inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial Imperialista, por los proletarios chinos en los levantamientos de Shangai y Cantón en 1927: en unos sesenta años, el proletariado europeo, ruso y chino hizo temblar las cancillerías de todo el mundo con un movimiento revolucionario que no tiene como objetivo el cambio de gobierno, ni la instauración de regímenes democrático-burgueses, ni mucho menos de falsos socialismos, sino revolucionar de arriba abajo toda la sociedad mundial. El objetivo de la revolución proletaria es gigantesco, tan gigantesco como la opresión burguesa de toda la humanidad.

Contra la guerra burguesa, contra la

guerra imperialista, el pacifismo ha demostrado su total fracaso: por un lado, porque la fuerza armada de la clase burguesa sólo puede ser detenida y derrotada por la fuerza armada de la clase proletaria, por otro lado, porque todo movimiento pacifista se ha convertido entonces, en el plano de la «defensa de la patria», en un guerrero justo, que participa activamente en las operaciones de guerra.

Lenin, en el citado documento (4), afirma claramente: *El pacifismo y la propaganda abstracta de la paz son una de las formas de mistificación de la clase obrera. En el régimen capitalista, y especialmente en la fase imperialista, las guerras son inevitables.* La propaganda de la paz, antes, durante y después de la guerra imperialista, sólo siembra ilusiones, corrompe al proletariado *inculcando la confianza en el humanitarismo de la burguesía y convirtiéndolo en un juguete en manos de la diplomacia secreta de las naciones beligerantes.* Porque, ¿qué ocurre en las reuniones de las diplomacias rusa y ucraniana mientras las dos naciones beligerantes se bombardean mutuamente? Llevan a la mesa de negociaciones el peso de los proletarios masacrados de cada uno, de las ciudades perdidas y recuperadas, y llaman para dar testimonio de su «voluntad de paz» mientras se hacen la guerra mutuamente, ahora uno u otro mediador que, por casualidad, no es otro que el representante de los intereses burgueses si uno u otro de los beligerantes sale «ganador» de la guerra. Mediadores, entre otras cosas, que representan a estados que masacran a los pueblos coloniales y a los proletarios y que se han armado y se están armando hasta los dientes, precisamente en previsión de guerras en las que están o estarán directamente implicados. Los casos de Israel, asesino de palestinos desde 1948, y de Turquía, represor y asesino de kurdos desde 1980, demuestran que los intereses burgueses e imperialistas no hacen ninguna diferencia entre los asesinos de ayer y los de hoy: lo importante es que las situaciones contingentes no desbaraten los designios de las grandes potencias porque al final son ellas las que definen el nuevo orden mundial. A menos que, antes, durante o inmediatamente después de la guerra imperialista mundial, sea la revolución proletaria la que desbarate los designios de las potencias imperialistas, como ocurrió durante la primera guerra imperialista mundial. Para los comunistas revolucionarios, ésta es la única perspectiva para seguir manteniendo intacta la teoría marxista y luchar contra toda forma de oportunismo y colaboracionismo para que el proletariado recupere el terreno de la lucha de clases, recupere su partido de clase, su dirección revolucionaria, la capacidad, por tanto, de completar la gran tarea histórica de aplastar definitivamente la sociedad de la pro-

piedad privada, de la apropiación privada de toda la riqueza producida por el trabajo humano, de la mercantilización de toda actividad y de todo sentimiento humano, de la explotación del hombre por el hombre, para encaminar la sociedad hacia un desarrollo incesante de las fuerzas productivas en armonía con las leyes de la naturaleza.

Por eso, la consigna que en tiempos de Lenin se convirtió en el lema de todos los proletarios del mundo: transformación de la guerra imperialista en guerra civil, debe volver a ser la consigna de mañana. Proletarios de todos los países uníos, ya no debe ser una frase escrita en banderas pacifistas o falsamente comunistas que se agitan para engañar a los proletarios, sino que debe ser el llamado a las armas, el llamado de los proletarios de todo el mundo a la lucha revolucionaria, para instaurar la dictadura de clase proletaria, único medio para derrotar definitivamente la contrarrevolución burguesa y lanzar la sociedad mundial al socialismo.

Hoy en día, esta perspectiva parece fantasmagórica, fuera de la realidad, cuando no derrotada por la historia decretada por el colapso de la URSS y el fin del «comunismo». Esto es lo que pretende la propaganda de los sofistas burgueses y los traidores a la causa proletaria. Pero la burguesía sabe, porque también ha aprendido las lecciones de las revoluciones proletarias del pasado, que su verdadero enemigo histórico, el más peligroso de todos, es el proletariado a condición de renacer como clase para sí mismo, superando completamente la condición de clase para el capital. La clase proletaria no es un enemigo muerto y enterrado, porque el capitalismo sólo vive a condición de explotar la fuerza de trabajo asalariado, y el desarrollo del capitalismo es al mismo tiempo el desarrollo de las masas proletarias. Por muy derrotado, por muy plegado a las necesidades del capital, por muy desviado de sus verdaderos intereses de clase, por mucho que se haya borrado su «memoria reciente», que desde un punto de vista histórico puede tener cien o doscientos años, son las propias contradicciones del capitalismo las que devolverán al proletariado la memoria de clase, una memoria pasada que en la dialéctica del desarrollo social humano nunca muere, la memoria de su curso histórico determinado por las condiciones materiales que le dieron origen, para desarrollarse como clase asalariada y luchar por superar toda sociedad dividida en clases, para enterrar toda clase social en lo que Engels llamó la prehistoria de la sociedad humana (formada precisamente por sociedades divididas en clases), para abrir finalmente su historia.

(1) Véase *Pacifismo y comunismo*, un artículo de la serie titulada *Sobre el hilo del tiempo*, publicado en el nº 13 de 1949 del entonces periódico del partido *Bataglia Co-*

munista. La serie, que se ocupó especialmente de criticar todos los aspectos del ataque del oportunismo, y de su versión más insidiosa, el estalinismo, al comunismo revolucionario y a su gloriosa tradición (desde Marx y Engels hasta Lenin, la Tercera Internacional de 1919-1921 y la Izquierda Comunista de Italia), comprende nada menos que 136 artículos, de 1949 a 1955. Pueden encontrarse y descargarse en el sitio web del partido www.pcint.org. *Pacifismo y comunismo* puede leerse en este mismo número.

(2) Véase Lenin, *La conferencia de las secciones extranjeras del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso*, en Obras completas, vol. 26, Editorial Progreso, Moscú, 1984. Esta conferencia se celebró en Berna entre el 27 de febrero y el 4 de marzo de 1915. Los participantes eran los representantes bolcheviques de las secciones extranjeras en París, Zúrich, Ginebra, Berna y Lausana, mientras que Lenin representaba al Comité Central y al órgano central del partido, el Sotsial-Demokrat. Fue ponente del punto principal de la conferencia, *La guerra y las tareas del partido*.

(3) Véase *Rusia propone a Polonia repartirse juntas Ucrania, l'Unità*, 24 de marzo de 2014; también en *Rusia propone a Polonia, Rumanía y Hungría la partición de Ucrania*, 24 de marzo de 2014, wikipedia; noticia dada por la cadena de televisión polaca TVP, también el 24 de marzo, anunciando un documento enviado por el vicepresidente de la Duma rusa Žirinovskij completo con un mapa: Mapa uwzgl1dniaj; capropozycjeŽyrinowskiego (TVP), <https://pbs.twimg.com/media/BjeTDjfCUAANRFX.jpg:large>

(4) Véase *La Conferencia de Secciones Extranjeras del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso*, op. cit.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pinguino, 11, barrio de Pajarillos, Valladolid).

La guerra burguesa...

(viene de la pág. 1)

hogares. Las operaciones militares de las clases dominantes burguesas no responden a ninguna moral; se preparan, se organizan, se llevan a cabo exclusivamente con el objetivo de doblegar al enemigo a sus propios intereses inmediatos y futuros, intereses que no son sólo militares, sino políticos, económicos y de poder y para los que las vidas humanas rotas son simplemente... un daño esperado, necesario, que a menudo se hace pasar hipócritamente por... colateral. Por lo tanto, se recurre a cualquier medio, más allá de las ilusorias convenciones internacionales de no utilizar determinadas armas o al menos no contralos civiles, que están evidentemente desarmados. La lástima desaparece, es un sentimiento totalmente episódico y ligado exclusivamente a la vergüenza de los soldados individuales que no pueden soportar la visión del horror en el que han participado. Las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, las bombas de gas, de fósforo y de racimo, los objetos explosivos disfrazados de objetos cotidianos, las minas antipersona, las bombas bacteriológicas y los miles de otros inventos que la tecnología moderna permite poner en práctica con el fin de matar, masacrar y aniquilar a los enemigos del momento, muestran cómo la sociedad burguesa, mientras habla de democracia, de cohesión nacional, de valores compartidos y sobre todo de búsqueda de la paz, no es más que un horror permanente.

Los medios de comunicación burgueses dan por sentado que la guerra conlleva destrucción, muerte y horror. Y se asombran cuando los horrores ocurren incluso en tiempos de paz. En realidad, la sociedad capitalista, al acumular y multiplicar la violencia social, las desigualdades, la explotación intensiva del trabajo asalariado y de los recursos naturales, la competencia desenfrenada entre capitalistas y entre Estados, no hace más que sistematizar el horror sobre el que se ha desarrollado y por el que se mantiene vivo. Cuáles son los accidentes y muertes sistemáticas en el lugar de trabajo; las lesiones y muertes en las constantes catástrofes causadas por derrumbes, deslizamientos de tierra, inundaciones, incendios, catástrofes aéreas, marítimas, ferroviarias y viales, terremotos; la violencia y los asesinatos cotidianos, en particular contra las mujeres o por motivos racistas o por sentimientos de venganza contra grupos de personas indefensas que

funcionan como objetivos de actos de venganza, en las escuelas, en los hospitales, en las calles; ¿qué son sino la prueba de que la sociedad burguesa actual es la sociedad de los horrores, la sociedad de los desastres, la sociedad de la muerte y de las atrocidades?

Gracias a las tecnologías avanzadas, los medios de comunicación más recientes pueden llevar a la casa de todos escenas y películas de destrucción, represión, muerte y heridas a través de la televisión y los teléfonos móviles; de esta manera, el horror se convierte en algo cotidiano, despertando la curiosidad morbosa y, al mismo tiempo, el miedo. Al estar en manos de las grandes empresas industriales y financieras, los medios de comunicación son obviamente utilizados al servicio de sus intereses; mientras que por un lado se muestran y describen con todo lujo de detalles las atrocidades llevadas a cabo por el «enemigo», las mismas atrocidades cometidas en el otro lado del frente se esconden. En ambos casos, los beligerantes utilizan el horror de la guerra de la misma manera: para infundir sentimientos de solidaridad y venganza en ambos bandos y justificar sus masacres mutuas. Es evidente que las operaciones bélicas llevadas a cabo por los ejércitos más poderosos y organizados causan más destrucción, más muertes y más atrocidades en proporción a los objetivos fijados, al progreso de la guerra y a la resistencia y los contraataques del «enemigo». Sin remontarnos a la Segunda Guerra Mundial, basta con ver las guerras de Irak, Libia, Siria o Yugoslavia para darnos cuenta de que los horrores de la guerra no son más que la continuación, por medios militares, de la política burguesa e imperialista aplicada anteriormente.

Así que la pregunta es: ¿a qué intereses sirve la política aplicada por la clase dominante burguesa en tiempos de paz? Son exactamente los mismos intereses que en tiempos de guerra, sólo que en tiempos de guerra los medios represivos utilizados para mantener el orden capitalista están mucho más concentrados y son más destructivos, cualitativa y cuantitativamente, en el espacio y en el tiempo, que en tiempos de paz. La clase dominante burguesa no cambia su esencia como clase dominante al pasar de la paz a la guerra, o viceversa: lo que cambia son precisamente los medios militares a escala más o menos extensa, más o menos destructiva, más o menos local, más o menos mundial. Y no hay que olvidar que la sociedad capitalista siempre se ha desarrollado a través de las guerras, que no son más que el

punto histórico de mayor crisis de la sociedad capitalista. La propia economía capitalista conduce, en su desarrollo -cuando las crisis económicas y financieras ya no pueden superarse mediante mecanismos de compensación económica, financiera y social- a la crisis de la guerra. Los enfrentamientos entre las empresas, los monopolios y los estados, habiendo llegado al límite de la tensión provocada por la crisis de sobreproducción, exigen objetivamente ser sanados por una destrucción cada vez mayor de las fuerzas productivas. La guerra imperialista es la única «solución» que conocen las clases dominantes burguesas. Por eso la guerra, en la sociedad capitalista, es inevitable; es la propia política burguesa, la política de poder, la política de conquistar mercados cada vez más grandes a costa de la competencia, la que lleva a las clases dominantes burguesas, cada vez más enfrentadas entre sí, a prolongar su política económica hasta convertirla en una política de guerra. La liberación de territorios y países, siempre evocada por uno u otro bando de los beligerantes, es en realidad la liberación de los mercados: los mercados se «liberan» de una competencia que con la guerra se destruye temporalmente para dar paso a los vencedores; una competencia que, sin embargo, nunca desaparece, porque es parte integrante del capitalismo, y al renovarse no hace sino reconstituir los factores de tensión y contraste que conducirán de nuevo a la guerra.

Cuando los niveles de tensión en las relaciones internacionales alcanzan cotas que ya no pueden ser controladas, y por mucho que cada clase dominante burguesa se prepare de antemano para la guerra -como demuestran la carrera armamentística y su continua modernización-, la burguesía no es capaz de predecir ni cuánto durará la guerra (las guerras relámpago siempre han sido una ilusión) ni cuántos recursos tendrá que desplegar para ganarla, ni cuánto podrá contar con la cohesión nacional de su población, ni qué efecto tendrán las tensiones sociales internas y las derrotas en las distintas batallas, ni si los aliados de la primera hora serán los mismos mientras dure la guerra. Así como el modo de producción capitalista no es controlable por la burguesía -que de hecho es su representante, y ha erigido su poder político sobre él, heredando la propiedad privada y la organización estatal de las sociedades más antiguas-, ni el mercado, ni el capital, ni el desarrollo de las fuerzas productivas, ni la guerra ni la paz son controlables.

La burguesía, de ser una clase re-

volucionaria, es decir, representante del desarrollo de las fuerzas productivas injertadas en la vieja sociedad feudal, se ha convertido con el paso del tiempo necesariamente en una clase reaccionaria, es decir, en una clase que mantiene por la fuerza el poder político incluso cuando ya no puede desarrollar las fuerzas productivas que el modo de producción capitalista ha generado y que, precisamente por sus contradicciones intrínsecas, debe destruir necesariamente para dar paso a nuevos ciclos productivos. La ley del valor, si bien por un lado significa un poderoso impulso para el desarrollo capitalista, al mismo tiempo representa un poderoso freno al desarrollo de las fuerzas productivas; el capital se digiere a sí mismo para sobrevivir, se alimenta del trabajo humano, a través del cual se produce la acumulación y valorización del capital, únicamente para sobrevivir como capital. A las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista se suman las inherentes al Estado nacional, es decir, al organismo centralizado que se creó para intentar superar las contradicciones económicas derivadas de la producción por empresas y su competencia en el mercado, pero que en realidad desempeña el papel de defensor último de los polos capitalistas más fuertes que monopolizan el mercado nacional, es decir, el defensor último del capitalismo nacional.

La guerra de competencia entre capitales se convierte, en un momento determinado del desarrollo del capitalismo, en una guerra entre Estados, en una guerra de guerras. La política burguesa, que apoya y defiende, política, diplomática y económicamente, los intereses del capitalismo nacional contra los intereses de todos los demás capitalismoes nacionales existentes, extiende su actividad -en la lucha de la competencia internacional- al nivel de la confrontación militar. El Estado, por tanto, de ser el máximo defensor de los intereses nacionales pasa a ser el máximo agresor a los intereses de las demás burguesías. La guerra, por tanto el uso de medios militares para afirmar los intereses nacionales, tiene la tarea de «resolver» los enfrentamientos intercapitalistas, y por lo tanto interimperialistas, que las presiones y los acuerdos políticos no logran «resolver», que las tácticas de amenazas, sanciones y embargos no logran «resolver». La guerra, por tanto, además de la tarea de destruir, debido a las crisis de sobreproducción, enormes cantidades de mercancías no vendidas y enormes cantidades de fuerzas productivas no utilizadas, es tam-

bién el medio por el que los Estados nacionales más fuertes y poderosos someten a los Estados más débiles, repartiendo el mundo -y por tanto los mercados- entre los ganadores.

Para hacer la guerra, la burguesía de cada país necesita movilizar a todo el país, especialmente las fuerzas productivas, es decir, el capital y los asalariados; necesita unir a todas las clases sociales en un solo ejército. Esta «unión nacional» no se forma espontáneamente, no es automática. La burguesía tiene que prepararla, construirla y mantenerla en el tiempo porque tiene que atenuar los enfrentamientos sociales existentes que, con las crisis económicas, y con la crisis de la guerra en particular, tienden a agudizarse. Para lograr esa unión nacional indispensable para su propia supervivencia como clase dominante, la burguesía utiliza todos los medios posibles, legales e ilegales, lícitos e ilícitos, morales y amorales, pacíficos, represivos, terroristas. Para enviar al matadero a masas de proletarios y soldados, no basta con obligarles -lo que hace, por supuesto- sino que hay que convencerles de la «justeza» de la guerra, una guerra siempre presentada, por toda burguesía, como una guerra «defensiva». Y uno de los medios de convicción burgueses utilizados, por ambos bandos de la guerra, es precisamente la propaganda sobre la justeza de la guerra, sobre la necesidad de armarse para defender la patria, las fronteras sagradas, la civilización, las propias tradiciones, el propio modo de vida; una propaganda que exalta todo fenómeno, toda situación, todo hecho, todo acontecimiento capaz de suscitar las más fuertes emociones para que los miembros de ese ejército «nacional» estén dispuestos a sacrificar su vida en favor de... la patria, las fronteras sagradas, la civilización, etc., etc.

La propaganda del horror es parte integrante de la propaganda de guerra; cuanto más destructiva resulta la guerra, cuanto más afectan las acciones bélicas a la población civil, más necesaria se hace la propaganda del horror para la burguesía. Y así, las masacres, las torturas, las matanzas realmente ocurridas o inventadas sirven tanto para descomponer y desmoralizar a las tropas y a la población que las ha sufrido, como para aumentar el sentimiento de venganza por haberlas sufrido; se convierten en un combustible para la pro-

pia guerra.

Al igual que la burguesía llora a los muertos de las catástrofes provocadas por la negligencia sistemática aplicada para ahorrar costes, acelerar la producción, ganar dinero en materiales y embolsarse beneficios extra; la burguesía, después de haber matado y masacrado, llora a los muertos de sus guerras, celebra a las víctimas, establece «días de recuerdo», hace «revivir» a los muertos que ella misma ha provocado para reiterar el horror de su muerte con el fin de solicitar dolor, y el recuerdo del dolor, para justificarse, para volver a proponer su sociedad capitalista como una sociedad que «pide perdón» por no haber podido evitar esas muertes y esos dolores y que «promete» hacer todo -a través de los valores morales y políticos escritos en sus constituciones- para que esos horrores «no vuelvan a ocurrir»; una sociedad que, por un lado, mata de hambre a miles de millones de seres humanos y, por otro, se encarga de alimentar a una parte de ellos, que, por un lado, arroja a multitudes cada vez más grandes a la miseria y a la inseguridad sistemática de la vida y, por otro, distribuye a una parte de ellos migajas de bienestar inmediato destinadas a desaparecer repentinamente en la próxima crisis.

En las últimas décadas, los proletarios de los países de la periferia del imperialismo han conocido el horror de la guerra, el hambre y la pobreza; huyen de este horror, arriesgando su propia vida y la de las familias que dejan atrás, en busca de una supervivencia menos incierta y menos dolorosa. Huyen de los países que no ofrecen ni futuro ni presente, hacia los países de la opulencia, de la paz, de las garantías constitucionales, los países de Europa Occidental o de América del Norte, los países donde reina la democracia, los países de los derechos. ¿Y qué encuentran en estos países? Encuentran el odio y la desconfianza como migrantes, como refugiados; encuentran la misma miseria de la que huyeron sólo que disfrazada de caridad humanitaria; encuentran el tráfico de seres humanos, el trabajo ilegal, la prostitución, las drogas y el crimen, una vida como esclavos tratados peor que los animales y siempre a punto de ser peor en cualquier momento. El horror del que creían haberse alejado y superado, reaparece bajo otras formas; de hecho, nunca les abandona. Si no son las bombas las que los matan y rompen sus familias, es la dureza de la vida, la vida de esclavitud la que tarde o temprano aplasta su resistencia.

(sigue en pág. 8)

La guerra burguesa...

(viene de la pág. 7)

La mayoría de los proletarios de los países imperialistas comparten la misma condición de esclavos asalariados, sólo que décadas de prosperidad capitalista, de superganancias capitalistas, de explotación bestial de los proletarios de los países de la periferia del imperialismo, mientras les han proporcionado un nivel de vida más decente, han oscurecido sus mentes, han borrado de su memoria las verdaderas condiciones de esclavitud asalariada en las que viven y las tradiciones de sus luchas como clase antagónica a la clase dominante, la clase capitalista, la clase burguesa que es responsable directa de la explotación del trabajo asalariado, de las desigualdades sociales, de la competencia en los mercados entre los Estados, de la miseria creciente de la inmensa mayoría de la población mundial, de las guerras y sus horrores. Mientras los horrores de la guerra burguesa se referían a las colonias, a los países alejados de las metrópolis de la democracia imperialista, países a los que las metrópolis imperialistas enviaban a sus soldados para llevar la democracia y la prosperidad, para «curar» los enfrentamientos étnicos, para transportar a esos habitantes de la «barbarie» a la «civilización», la guerra burguesa con todos sus horrores parecía de alguna manera justificada; la gente se compadecía de los muertos de las masacres civilizadoras y lloraba a sus propios muertos, pero muertos por una «causa justa». Pero la guerra también llamó a las puertas de Europa.

Con la guerra de Ucrania, como en los años 90 con las guerras de Yugoslavia, la paz en Europa se ha roto; Europa ya no es una isla feliz donde la burguesía puede disfrutar de su opu-

lencia y los proletarios autóctonos pueden disfrutar de las migajas que caen de la mesa de los ricos capitalistas. La santificada democracia ha demostrado por enésima vez que no tiene ninguna posibilidad de detener y extinguir el creciente empuje de los enfrentamientos interimperialistas. Son estos enfrentamientos los que rigen, son los intereses de poder económico y político los que guían las políticas de los gobiernos burgueses. La guerra de Ucrania es sólo el último ejemplo en orden cronológico que demuestra que el capitalismo no puede prescindir del choque entre diferentes burguesías nacionales impulsadas a conquistar nuevos territorios económicos por las crisis del propio modo de producción capitalista. Demuestra que la guerra es necesaria para la vida misma de los capitalismo nacional y, por tanto, para el sistema capitalista mundial del que depende todo capitalismo nacional. Es la demostración de que el horror de la guerra imperialista no es un accidente que pueda evitarse por la buena voluntad de los gobernantes o del mediador ocasional entre los beligerantes, sino que es la norma de la propia guerra imperialista.

Los proletarios que se ven obligados a hacer la guerra por cuenta de la burguesía, ya sea como soldados, y por lo tanto en los frentes de guerra, o en la retaguardia en la producción bélica y en la defensa de los territorios eventualmente invadidos por los enemigos, son para la burguesía armas de su guerra y, como todas las armas, son utilizadas para golpear y destruir a los enemigos, por lo tanto a los proletarios de otros países, o para ser destruidos por enemigos más fuertes. En los enfrentamientos armados de la guerra burguesa, los proletarios no tienen ninguna «dignidad» patriótica y nacional que salvar, porque esa dignidad patriótica responde exclusivamente a los intereses de la burguesía nacional, que, aunque sea derrotada militarmente, siempre seguirá siendo la clase dominante, siempre seguirá en el poder y nunca dejará de ser la clase explotadora por excelencia, por mucho caldo democrático y antitotalitario que utilice para engañar a las masas proletarias por enésima vez.

Pero, contra la guerra burguesa imperialista, los proletarios tienen un camino a seguir, y lo han demostrado en la historia pasada: el camino de la lucha de clases revolucionaria. Es en esta lucha de clases, y sólo en ella, donde los proletarios recuperan su dignidad específica, en la que por fin se sienten hombres y no objetos armados deshumanizados que luchan en

una guerra que no es ni será nunca su guerra. Sí, el proletariado está históricamente llamado a hacer la guerra en nombre de la burguesía -y, por tanto, por los intereses capitalistas de la burguesía nacional, aceptando desempeñar el papel principal en la unión nacional ostentada por la burguesía como el valor supremo de la patria que hay que defender- o a hacer la guerra a la guerra burguesa, a la guerra imperialista, y, por tanto, a hacer la guerra de clases. El proletariado opone la unidad nacional y la independencia nacional a la unión de clase que atraviesa todas las fronteras, a la independencia de clase con la que organiza su lucha, su guerra.

Ante la primera guerra imperialista mundial, los comunistas bolcheviques, y Lenin a su cabeza, lanzaron la consigna de transformar la guerra imperialista en una guerra civil, es decir, en una guerra de clases en la que el proletariado luchara ante todo contra su propia burguesía. Esa guerra civil no tiene nada que ver con la guerra partidista de la memoria de la Resistencia. La guerra de clases ve a la clase proletaria organizada, armada y dirigida por su partido comunista revolucionario contra todos los enemigos de clase, la clase burguesa en primer lugar y las fuerzas de conservación social que luchan juntas y por la conservación del poder burgués. Los partisanos no son más que milicias armadas que luchan junto al ejército burgués en la guerra burguesa, luchando por la supremacía de los intereses burgueses por los que ha estallado la guerra imperialista. Por eso los comunistas revolucionarios siempre hemos estado en contra de la «resistencia partisana» que desde 1943 hasta 1945 flanqueó a los ejércitos angloamericanos en la guerra contra el ejército alemán y sus aliados fascistas; porque, a través de ella, los proletarios fueron totalmente desviados para apoyar a uno de los frentes de guerra imperialistas contra el otro; creyendo que luchaban por recuperar una libertad perdida, en realidad se habían convertido en defensores armados de los intereses de uno de los dos frentes de guerra burgueses. Su independencia de clase había sido vendida y sustituida por la dependencia directa de las facciones burguesas enemigas (en ese caso democráticas) para tener la libertad de explotar la fuerza de trabajo proletaria en su propio beneficio, para sus propios beneficios capitalistas.

Las masacres, las destrucciones, los campos de prisioneros, los campos, formaron parte del horror de la guerra imperialista, y fueron utiliza-

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

El antimilitarismo revolucionario

en la línea de continuidad teórica y política del marxismo

dos por ambos bandos beligerantes: para desmoralizar al enemigo golpeando sistemáticamente a la población civil de los países enemigos (Dresde arrasada ayer por los angloamericanos no era muy diferente de Mariupol arrasada hoy por los rusos), y para estimular la sed de venganza del otro bando. Lo mismo está ocurriendo hoy, como ya ocurrió en Irak, Siria, Líbano, Libia y Bosnia.

La guerra que la clase proletaria tendrá que librar para imponer su propia solución de clase a la crisis capitalista tendrá que utilizar toda la violencia necesaria para romper las fuerzas burguesas enemigas, su dictadura política, social y militar; a la violencia de la clase dominante burguesa sólo se puede oponer la violencia de clase del proletariado, una violencia cuyo objetivo no es, como para la burguesía, la continuación de la violencia económica y social para mantener un sistema social que se alimenta de la violencia cotidiana contra la gran mayoría de la población en todos los países. El proletariado es la única clase capaz de humanizar la sociedad, de armonizar la producción con las necesidades reales no del mercado capitalista sino de los pueblos de todo el mundo, de desarrollar y potenciar las fuerzas productivas que el capitalismo frena y destruye periódicamente por razones exclusivamente de beneficio capitalista. Esto sólo puede lograrse mediante la revolución, el derrocamiento del Estado burgués, el establecimiento de la dictadura proletaria y la extensión de la revolución proletaria a todos los países del mundo, especialmente a los países capitalistas avanzados.

El capitalismo no se agotará por sí mismo, no se extinguirá; la clase burguesa que representa los intereses del capital nunca renunciará al poder; incluso cuando, a causa de la revolución proletaria, pierda el poder, en un país o en varios países, nunca se rendirá. Lo demostró en las revoluciones de 1848, en la Comuna de París de 1871 y en la revolución bolchevique de 1917; buscará la restauración de su poder por todos los medios, y en particular por la masacre de poblaciones indefensas. Cuanto más avanzados tecnológicamente son los sistemas de armas, más se corona de horrores la venganza burguesa; hoy, con bombardeos desde el aire, desde el mar y desde lejos con misiles, los ejércitos tratan de allanar el camino a la infantería, a las tropas de tierra, porque la victoria militar sólo puede lograrse ocupando y dominando los territorios enemigos, y esto sólo puede lograrse con tropas

de tierra. El capital, de hecho, necesita territorios económicos reales, mercados formados por consumidores reales, tierras en las que construir fábricas, oficinas, almacenes, bancos, casas, carreteras, ferrocarriles, puertos, aeropuertos, y fuerzas de trabajo para explotar. Cuando los horrores de la guerra terminan, comienzan los horrores de la paz, los horrores causados diariamente por la explotación de la mano de obra, por la inanición de una parte de la población que no encuentra trabajo, por una violencia económica subyacente que genera violencia de todo tipo y en todos los niveles de la vida social, en particular contra las mujeres, los niños, los ancianos, dentro del hogar, en las guarderías, en las residencias de ancianos, en las cárceles. La sociedad capitalista está impregnada de violencia y su supervivencia sólo se debe a los ríos de sangre proletaria derramados tanto en tiempos de paz como de guerra.

Para que los horrores de la guerra burguesa terminen, no es suficiente que la guerra burguesa termine. La historia demuestra ampliamente que la guerra burguesa es la norma, no la excepción, y que la paz no es más que un interludio entre dos guerras. Por tanto, la salida está en la revolución proletaria, la única que abrirá la sociedad humana en todo el mundo a un futuro totalmente opuesto al que ofrece el capitalismo, porque en el centro de los intereses económicos y sociales estarán las verdaderas necesidades de la vida humana y no las exigencias del capital y su incesante explotación. Será un camino difícil, arduo y en absoluto breve, pero la rueda de la historia se mueve en esa dirección. Con el desarrollo de la gran industria, escribieron Marx y Engels en *El Manifiesto del Partido Comunista* desaparece el suelo bajo los pies de la burguesía, el terreno sobre el cual esta produce y se apropia de los productos. La burguesía produce ante todo a sus sepultureros, es decir, a la clase de los trabajadores asalariados, la clase que produce la riqueza en todos los países, riqueza de la cual se apropia únicamente la burguesía, sustrayéndola mediante la violencia del Estado, de sus leyes y de sus fuerzas militares, al disfrute de la mayor parte de los seres humanos.

Partido Comunista Internacional (El Proletario)

11 de abril de 2022

EDICIONES DEL PARTIDO

Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional.

(Textos del partido N° 3, Octubre 2017, A5, 24 páginas)

Precio: Europa: 2 •. América del Norte: US \$ 2. América Latina: US \$ 1
Precio: Europa: 2 •. América del Norte: US \$ 2. América Latina: US \$ 1

Sumario

- Premisa
- Estructura económica y social de la Rusia de hoy (1955-1957)
- Cuarenta años de una valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional (Publicado en *ilprogramma comunista*, n. 21 de 1957)

Presentamos en esta edición en castellano, la traducción del texto Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional, fue publicado en el entonces periódico del partido «il programma comunista» nº 21 de 1957. De la victoria del Octubre rojo habían pasado cuarenta años y los partidos estalinistas conmemoraban la victoria del proletariado revolucionario en Rusia como el inicio de la absolutamente falsa construcción del socialismo en un solo país, jactándose de una inexistente continuidad del partido bolchevique en Rusia, en el poder en los primeros años de la victoria revolucionaria bajo la guía de Lenin, y en los años sucesivos, particularmente desde 1926 en adelante, bajo la guía de Stalin. El intento del partido no era el de «conmemorar a nuestra manera» la revolución de Octubre, sino el de remachar los puntos esenciales de nuestra valoración de los eventos de Rusia desde el punto de vista marxista y revolucionario, utilizando la ocasión en la cual la atención de los proletarios era capturada por los himnos a la Rusia falsamente socialista. Este centenario que ahora cumplimos ha dado ocasión para esta traducción tan necesaria como el consiguiente balance al que responde y que sintetiza.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

Vida de partido

Reunión pública sobre la guerra imperialista y el conflicto ruso-ucraniano

El pasado 26 de marzo mantuvimos, en el local de las cajas obreras de Valladolid, un encuentro público acerca de la presente guerra entre Rusia y Ucrania. En ella tuvimos ocasión de presentar las posiciones del partido acerca no sólo del conflicto que se vive en estas semanas, y que posiblemente se extenderá durante los próximos meses, entre las fuerzas de la Federación rusa y el Estado ucraniano (apoyado este último de manera indirecta por las potencias occidentales vinculadas a la OTAN) sino de la concepción marxista de la guerra y del balance que nuestro partido hace del conjunto de enfrentamientos armados que han tenido lugar en todo el mundo desde el final de la IIª Guerra Mundial.

Pese a que la guerra de Ucrania ocupa todos los telediarios y periódicos y que los llamamientos a la «resistencia del pueblo ucraniano» o a la «paz» tienen un gran alcance, han sido muy pocos los actos sobre este tema. En comparación, por ejemplo, con las movilizaciones por la segunda guerra de Irak, el silencio en los medios políticos de la izquierda y de la extrema izquierda ha sido atronador. Se sigue así con la línea de las recientes guerras de Libia o Siria, sobre las que, fuera de unas pocas publicaciones, ni se leyó ni se vio en las calles ningún acto de protesta similar a aquellos que los voceros de la burguesía (intelectuales, políticos progresistas, artistas, etc.) protagonizaron con motivo de la invasión anglo-estadounidense de Irak.

¿Cuál es el motivo? En la guerra de 2002 los acontecimientos militares culminaron una progresiva ruptura entre diferentes bloques de la burguesía española, entre aquellos -más vinculados al gobierno Aznar y las empresas que iban de su mano en la apertura hacia el mercado atlántico y la imposición de exigencias al bloque europeo- que eran partidarios de apoyar (indirectamente, eso sí) a los Estados Unidos en su aventura en Medio Oriente y aquellos -vinculados al PSOE y a la tradicional postura de adhesión a la política exterior francesa de la burguesía española- eran contrarios a este apoyo y partidarios de refrendar la posición franco-alemana (sustentada también por Rusia). En este enfrentamiento, al que se sumaban otras causas como el desplazamiento de las facciones burguesas vasca y catalana de la posición que ocupaban desde la Transición como apoyo a los gobiernos centrales a cambio del desarrollo autonómico del país, la izquierda política y sindical, unida detrás del PSOE, Izquierda Unida y un sinnúmero de grupos y co-

rrientes de la extrema izquierda entonces extra parlamentaria, enarbolaron la bandera del pacifismo como manera de encuadrar a los proletarios y a la pequeña burguesía detrás de la política de apoyo al bando imperialista europeo. Como es sabido, la ola de movilizaciones contra aquella guerra acabó, finalmente, con los acontecimientos del 13 y 14 de marzo de 2004, cuando tras los atentados de los trenes de Atocha las fuerzas anteriormente «pacifistas» se dirigieron sobre el terreno estrictamente parlamentario para liquidar el gobierno del PP.

Después de aquello, las guerras de Libia, Siria o la actual de Ucrania ya no levantan las mismas tensiones que la de Irak, porque en estas el conjunto de la burguesía española y de sus representantes políticos está completamente de acuerdo en lo que se refiere a fines y medios a seguir. La caída de Gadafi en Libia o el intento de acabar con Al-Asad en Siria después del estallido de la primavera árabe han sido cuestiones de Estado, es decir, temas en los que la totalidad de las facciones burguesas tenían un interés directo, concretado en favorecer el posicionamiento de las fuerzas imperialistas aliadas (Estados Unidos y Francia principalmente) que debían abrirle camino a las españolas como invitado de segundo orden. Durante prácticamente una década que duraron estos conflictos no vimos ni a CC.OO. ni a UGT ir más allá de llamamientos hipócritas por «la paz», muy lejanos a la huelga general de 2002 por la guerra de Irak. Tampoco vimos a las masas estudiantiles bloquear las facultades por el pueblo sirio, que padeció igual o más que el iraquí. El pacifismo, las consignas «contra la guerra», por muy radicales que pretendan ser, esconden siempre una cesión en toda regla a los intereses burgueses, una defensa, abierta o no, de sus necesidades de expansión, control y comercio.

Hoy se ha ido un paso más lejos. Si en las guerras de Siria o Libia el silencio fue la norma, en estos días los herederos de aquellas corrientes pacifistas de 2002 se han posicionado, ya desde el Parlamento, Ayuntamientos e incluso el gobierno, a favor de uno de los dos bandos enfrentados. Desde Izquierda Unida a Podemos pasando por Más País, todos, de una manera u otra, han aceptado la defensa del interés nacional español en forma de defensa del patriotismo ucraniano. Se aplaude a Zelenski en el Parlamento, se izan banderas rojas y amarillas en las fachadas consistoriales, etc. Y, desde todas partes, se bom-

bardea a la clase proletaria exigiéndole solidaridad práctica y material -no sólo moral- con el «pueblo ucraniano». Ahora la clase burguesa española tiene un interés común sin fisuras, se posiciona abiertamente en un único bando dentro de una situación internacional mucho más tensa que la de 2002. A medida que se han desarrollado los enfrentamientos, larvados primero, más abiertos ahora, aún lejanos de una lucha sin tapujos pero encaminándose a ella, la defensa de las exigencias primordiales del país pasa a un primer plano y las diferencias entre facciones enfrentadas se atenúan. Podemos puede llorar por la paz desde el Consejo de Ministros que envía armas a Ucrania. Igual que lo hacen todos sus intelectuales de corte mientras se posicionan junto al batallón Azov. Su posición sólo encubre el apoyo que brindan a la política imperialista del Estado, a la cual sirven sin dudar.

Más allá de esta posición belicista y nacionalista, no ha aparecido mucho más. En Madrid, una sediciosa «asamblea popular contra la guerra» se ha hecho pública bajo el eslogan completamente estúpido de «ni OTAN ni Putin», convocando una exigua manifestación por la «solidaridad internacionalista, por la paz y el desarme», recogiendo precisamente el espíritu y las consignas del pacifismo tradicional, el que se ha revelado completamente incapaz de frenar ninguna guerra o de modificar cualquier tipo de ambición imperialista. Esta corriente, que afirma vincularse al movimiento contra la guerra en Rusia, es decir, a un movimiento también de tipo interclasista que, más allá de la innegable valentía de sus miembros, que se juegan penas de prisión larguísimas por salir a la calle, refleja también la impotencia de una política basada en la conciliación de los intereses nacionales con los de un vago «pueblo» que padecería los horrores del conflicto. La verdadera respuesta ante la guerra imperialista, la que debe encabezar la clase proletaria y que es la única que podría estar en condiciones de frenar la movilización bélica, para estas corrientes ni existe ni debe existir. Hace 20 años sus hermanos mayores, en un terreno mucho más favorable, ya levantaron estas banderas pacifistas... A los más dispuestos de entre ellos es fácil augurarles un futuro similar.

Finalmente, minúsculas pero presentes, han tenido lugar tomas de posición públicas, en forma de charlas, reuniones, etc. de corrientes que buscan colocarse a la izquierda de este pacifismo reivindicando alguna forma de intervención proletaria en el campo del enfrentamiento entre clases. Lamentablemente, a la debilidad numérica de este tipo de intervenciones le ha correspondido una mayor aún debilidad política y teórica. En general se han sustentado en una

repetición vacía y simplista de lemas como «guerra de clases contra la propia burguesía», «revolución mundial»... afirmando que existen dos campos, el burgués de los enfrentamientos interimperialistas y el proletario, etc. Se ha tratado de posicionamientos vagos y característicos de grupos incapaces de entender la realidad más allá de consignas. Para estos grupos, la clase proletaria tendría hoy la posibilidad de revertir la guerra de Ucrania transformándola en una guerra de clases, proletariado contra burguesía, por el simple hecho de tomar conciencia de su necesidad. Ignoran la terrible fuerza que se ejerce contra el proletariado y que se manifiesta en casi cien años de aplastamiento bajo la presión combinada de la potencia política, ideológica, pero sobre todo material, del imperialismo y sus aliados socialdemócratas, estalinistas y herederos. Ignoran la realidad de la clase proletaria, incapaz siquiera de manifestar sus intereses de clase sobre el terreno de la lucha inmediata de manera independiente. Creen que basta con revolucionar el mundo de las ideas con consignas sacadas directamente de 1914 para revolucionar la realidad política y económica de una clase proletaria que está totalmente ausente a día de hoy.

Para nosotros, marxistas que no hemos renunciado ni a la tradición del comunismo revolucionario ni al hilo que nos une a la lucha de la clase proletaria contra todos los bandos burgueses tal y como se dio en 1871, 1905 o 1917, la realidad que plantea esta guerra a la clase proletaria va más allá tanto del pacifismo bajo el que se encubre la defensa de la política de rapiña imperialista como de las consignas vacías que sólo contribuyen a desorientar a los pocos elementos que buscan romper con la política de colaboración entre clases que se impone sistemáticamente.

Como partido hemos trabajado durante décadas tanto sobre el balance dinámico de la derrota de la clase proletaria después de la contrarrevolución estalinista como sobre las perspectivas de reanudación de la lucha de clase, perspectivas vinculadas íntimamente a la ineluctabilidad de una crisis económica de alcance mundial y a la altísima probabilidad de que estalle un tercer conflicto imperialista de escala planetaria. El hilo rojo que reivindicamos no se rompe en 1927, de la misma manera que el partido histórico y formal del que formamos parte no ha sido destruido (¡ni lo será jamás!) tras la IIª Guerra Mundial por la fuerza, de una intensidad no vista antes, reaccionaría de la burguesía y sus agentes en el campo proletario. Tal y como expusimos en el encuentro público, nuestro partido continúa con el trabajo de registro y análisis de los datos que arroja la realidad (una realidad cada vez más difícil y si-

niestra) con el fin de colocar las posibilidades de la reanudación de la lucha revolucionaria en sus justos términos y, por lo tanto, con el fin de orientar correctamente el trabajo a realizar por nuestra corriente.

Tomamos para concluir este resumen unos párrafos de *La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista*(1), que fueron largamente comentados durante la reunión

Las conclusiones políticas y las orientaciones a las que debemos atenernos hoy son, por tanto, límpidas:

1) El Partido y sus militantes se abstienen de toda participación en los movimientos anti-guerra y anti-militaristas actuales, expresión de una reacción de capas burguesas y pequeño-burguesas a la guerra futura, y orientadas ideológicamente y dirigidas políticamente por el pacifismo y el social-pacifismo, en perfecta coherencia con su composición social.

2) En relación a los «movimientos por la paz» actuales, nuestra consigna «positiva» es la de una intervención desde el exterior con carácter de propaganda y de proselitismo en dirección a los elementos proletarios capturados por el pacifismo y englobados en las movilizaciones pequeño-burguesas con el fin de arrancarlos de este género de encuadramiento y de acción política. En particular, a estos elementos nosotros les decimos que no es en las manifestaciones pacifistas de hoy donde se prepara el anti-militarismo de mañana, sino en la lucha intransigente de defensa de las condiciones de vida y de trabajo de los proletarios en ruptura con los intereses de la empresa y de la economía nacional. Como la disciplina del trabajo y la defensa de la economía nacional preparan la disciplina de las trincheras y la defensa de la patria, el rechazo a defender y respetar hoy los intereses de la empresa y de la economía nacional preparan el anti-militarismo y el derrotismo de mañana.

3) Va de suyo que la presencia de proletarios en medio de las procesiones pacifistas no puede justificar de ningún modo la teorización de una «componente proletaria» del «movimiento por la paz» actual o, peor, de un «antimilitarismo de clase» del hecho de que grupos pretendidamente «revolucionarios» se encuentren en medio de curas y de estafadores pacifistas. Si se tratara verdaderamente de comunistas no estarían animados a juntarse con sus semejantes en estos movimientos.

El ala izquierda del pacifismo no debe ser tomada por una primera aparición del anti-militarismo de clase, que no nacerá nunca por partenogénesis de cualquier «izquierda pacifista» ni de cualquier coordinación de grupos pequeño-burgueses cuya memoria histórica no va más allá del mayo del 68.

4) En los casos de una reacción proletaria contra la guerra y sus preparativos, destinados hoy a ser esporádicos a causa de la ausencia de reanudación general de la lucha obrera, el Partido debe aprovechar esta brecha, aún modesta, que se abre a su actividad, para contribuir a orientar y si es posible a dirigir por la propaganda y por la acción práctica las iniciativas de lucha. Este género de situaciones se constata sobre todo cuando son los proletarios los que descienden a la calle, a continuación cuando el movimiento de lucha es abandonado y traicionado por los pacifistas, en tercer lugar cuando son acontecimientos concretos que tocan directamente a los proletarios los que están en la base de la protesta. Esta protesta no será nunca una reivindicación general «por la Paz» sino una protesta contra iniciativas bien precisas del militarismo burgués: tal intervención militar, en eventual envío de contingentes o una llamada a los reservistas, una agravación de la disciplina en los cuarteles, etc.

Se trata pues de reacciones bien distintas de la movilizaciones pacifistas, fácilmente reconocibles como manifestaciones de la vida de la clase obrera sobre la base de las características que hemos definido anteriormente.

5) Es necesario rechazar, por tanto, la tesis inmediateista según la cual la reanudación clasista revolucionaria podría derivar del nacimiento de un anti-militarismo de clase nacido del pacifismo de izquierda. En primer lugar, porque el anti-militarismo proletario no puede nacer de la movilización interclasista de las clases contrarias, sino exclusivamente de la reacción inmediata de los proletarios contra los efectos de los preparativos de guerra sobre sus condiciones de vida, de trabajo, de acuartelamiento. De seguido, porque sin respuesta obrera a los ataques cotidianos de los patronos sobre los salarios, los tiempos y las condiciones de trabajo, es imposible esperar reacciones contra el militarismo y sus consecuencias. En efecto, el impacto de éstas sobre las condiciones de vida de la clase es muy a menudo demasiado indirecto y alejado de la presión ejercida cotidianamente por la burguesía sobre el puesto de trabajo. En fin, porque la presencia de la agitación pequeño-burguesa por la defensa de la paz no significa que los proletarios deban creer en una amenaza real de guerra inminente, que significaría el fin de todas las certezas que les habían hecho soportar sin rechistar los sacrificios infligidos por la crisis económica.

En efecto, es una característica de las clases medias sentir con adelanto los futuros cataclismos y, de otro lado, la experiencia histórica demuestra que la agitación pacifista desaparece preci-

(sigue en pág. 12)

(viene de la pág. 11)

samente cuando el conflicto se convierte en inminente. Por otra parte, ¿por qué la percepción de la inminencia de la guerra y el hundimiento de la creencia en un futuro que fuese al menos un futuro de paz, entrañaría forzosamente la revuelta de los obreros? Es mucho más lógico que entrañen miedo y parálisis y, por tanto, una resignación aún mayor. Toda esta laboriosa construcción que podríamos llamar intelectualismo movimentista, no es más que una tentativa de encontrar en el movimiento pacifista y en sus gigantescas manifestaciones un sustituto a la reanudación de la lucha de clase -tentativa fracasada desde el principio porque obliga a inventar todas las piezas de una «componente proletaria» que nunca ha existido en estos movimientos- y una justificación teórica a la rabia activista de correr detrás de todo lo que se mueva. Los errores teóricos siguen a los errores prácticos.

6) Hace falta rechazar sobre el plano teórico y práctico la posición que podemos llamar intermedista, que llama a los proletarios a defender la paz porque sería una situación más favorable que la guerra para el desarrollo revolucionario. Según sus partidarios, la tarea de los revolucionarios consistiría en «orientar a los trabajadores más conscientes y más radicales hacia las soluciones juzgadas más favorables al momento dado, con el fin de influir sobre los acontecimientos para que vayan, paso a paso, en la dirección más favorable al movimiento revolucionario» puesto que «entonces los objetivos intermedios, es decir, los objetivos para el presente y

el futuro previsible favorecen un mayor grado de conciencia en los militantes revolucionarios (...), por el contrario la huida hacia adelante, la incapacidad de tomar posiciones políticas, las perpetuas repeticiones de 'principios' (...), embotan el espíritu de los militantes revolucionarios y de las vanguardias obreras»

Entonces, en ausencia de la revolución (...) ¿cuáles serían las condiciones que favorecen el movimiento revolucionario, la paz o la guerra? La respuesta es, bien seguro, la paz, púdicamente llamada «no guerra entre las principales potencias» porque «la guerra en si representa una derrota muy dura para la clase obrera».

La absurdidad no está tanto en la respuesta como en la pregunta. «La incapacidad de la clase obrera, antes de empezar la lucha por el poder, de impedir al capitalismo desencadenar la guerra», de lo cual se hace tanto ruido, es un dato establecido por el marxismo. Sólo la revolución proletaria puede impedir la guerra: no es propaganda en el sentido trivial del término, es decir, engañosa. Nosotros no queremos espantar a los proletarios, forzándoles a hacer la revolución agitando el espectro de la guerra, que podría ser evitada por una simple lucha defensiva de una clase obrera todavía demasiado débil para lanzarse al asalto del poder, por algo apenas más difícil que una batalla sindical valiente, si, en tanto que marxistas, afirmamos que la guerra es inevitable si la revolución no tiene lugar es porque sabemos, sobre la base de un análisis científico de las contradicciones del capitalismo, que los poderes burgueses deben, en un cierto momento, desencadenar la guerra so pena de caer en un precipicio todavía más peligroso, el del hundimiento económico sin esperanza.

Quién se dice marxista y acepta esta premisa debe entonces comprender que ninguna clase amenazada de muerte puede renunciar a recurrir al remedio que puede salvarla, a menos que la clase históricamente revolucionaria le dispute el poder político con las armas en la mano. La clase dominante puede ser entonces obligada a renunciar a la guerra -o a interrumpir temporalmente su participación en ella- para consagrarse completamente a la guerra de clase impuesta por el proletariado revolucionario. En una situación de este tipo, que podríamos llamar de doble poder, según la expresión utilizada por Lenin para la situación rusa de febrero a Octubre de 1917, sólo traidores harían de la «defensa de la paz» la consigna central. De igual modo que sólo traidores, ante la segunda guerra mundial, han podido hacer de la lucha por la democracia contra el fascismo un objetivo intermedio, dada la imposibilidad para el movimiento proletario, aún intoxicado por el imperialismo, de hacer de la revolución un objeti-

vo inmediato.

Es evidente que, desde el punto de vista de las condiciones inmediatas de vida de los trabajadores, el fascismo y la guerra son peores que la democracia y la paz; en tanto que el fascismo, después de haber reprimido y destruido las organizaciones económicas y políticas del proletariado, ha realizado una política social que -con los amortiguadores sociales- satisfacía las necesidades más acuciantes de las masas obreras, comprando de esta manera la paz social. No es por casualidad que la democracia post-fascista ha heredado del fascismo esta política reformista con la cual ha afianzado aún más la colaboración entre clases.

La zanahoria reformista es menos mala que la porra fascista, las víctimas de la «Paz» burguesa son menos numerosas que las de la guerra. Pero lo que los «intermedistas» no quieren ver es que las acciones de la clase dominante no derivan de la voluntad subjetiva de individuos o de grupos sino que son la consecuencia de determinaciones más fuertes que toda su «voluntad política».

En ciertos momentos el fascismo es un recurso obligatorio. ¿Qué burgués no desearía que las charlas y las seducciones democráticas fuesen suficientes para normalizar a la clase obrera? ¿Qué burgués no preferiría que la situación económica permitiese pagar la paz social con concesiones de tipo reformista? El hecho es que existen situaciones históricas en que la burguesía no puede pagarse el lujo de obtener de este modo la sumisión de los esclavos asalariados: entonces es necesario recurrir a la manera fuerte, al fascismo.

Pequeña cuestión para los intermedistas de ayer, de hoy y de mañana, ¿en qué condiciones puede la clase obrera «influir sobre las elecciones políticas de la clase dominante» cuando estas son elecciones obligatorias, por ejemplo, optar por la democracia cuando la situación económica no lo permite más? Respuesta: con la única condición de atemorizar a la clase dominante, es decir, de tener la fuerza de insurreccionarse victoriosamente contra el orden burgués. Pero entonces la consigna de los intermedistas, que puede ser inmediatamente alcanzada, se convierte en una consigna de traidores.

Fuera de esta situación es una consigna veleidosa, un lloriqueo imbécil e impotente.

(1) Publicado en los números 44, 45 y 47 de *El Programa Comunista* correspondientes a mayo de 2001, marzo de 2004 y julio de 2007 respectivamente. Recomendamos su lectura en www.pcint.org o solicitándonos los ejemplares físicos.

**¡Lean, difundan, sostengan la
prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 Ž £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 Ž £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 Ž £ 3; 8FS;
América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 Ž £ 2; 8FS;
América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 Ž 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América
Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 Ž £ 1, 3 CHF.

Pacifismo y comunismo

AYER

En la tradición de los marxistas revolucionarios es muy sólida la oposición al nacionalismo y al militarismo, a todo el belicismo basado en la solidaridad de los trabajadores con el Estado burgués en guerra por las famosas tres razones fraudulentas: defensa contra el agresor - liberación de los pueblos gobernados por Estados de otra nacionalidad - defensa de la civilización liberal y democrática.

Pero una tradición no menos sólida de la doctrina y de la lucha marxista es la oposición al pacifismo, una idea y un programa poco definibles que, cuando no es la máscara hipócrita de los preparadores de la guerra, se presenta como la necia ilusión de que al definirse y desarrollarse de los enfrentamientos sociales y de la lucha de clase pueda oponer, desde posiciones y posiciones de clase opuestas, el objetivo de la «abolición de la guerra» y de la «paz universal».

Los socialistas siempre han sostenido que el capitalismo conduce inevitablemente a las guerras, tanto en la fase histórica en la que la burguesía establece su dominación construyendo Estados-nación centralizados, como en la fase imperialista moderna en la que se vuelca a la conquista de continentes atrasados y los distintos Estados históricos compiten por el dominio. Quien quiera abolir la guerra debe abolir el capitalismo y, por lo tanto, si hay pacifistas no socialistas debemos considerarlos como adversarios, porque sean de buena o de mala fe (peor en todos estos problemas de nuestro movimiento y comportamiento si es el primer caso) nos inducirían a frenar la perspectiva clasista de nuestra acción y la lucha contra el capitalismo, sin alcanzar el objetivo ilusorio de un período capitalista sin guerras, que de todos modos no es nuestro objetivo.

Para decirlo brevemente: será útil establecer que el análisis de las guerras entre Estados dado por la escuela marxista nunca se ha reducido (véase Marx, Engels, Lenin) a un simplismo que diga que el curso y el resultado de las guerras no implican repercusiones sustanciales en los desarrollos y posibilidades del socialismo revolucionario, y si nos referimos a la actual fase súper moderna del capitalismo, el análisis completo no nos lleva en absoluto a descartar la posibilidad, tras nuevos desarrollos, de un sistema capitalista organizado en todo el mundo en un complejo unitario, ya sea un superestado o una federación, capaz de mantener la paz en todas partes. Este parece ser hoy cada vez más el ideal de los grupos de piratas del capital y de sus seguidores, como Truman, Churchill y los jenízaros menores. No excluimos esta eventualidad de la *paz burguesa*, que antes de 1914 fue pintada por los distintos Norman Angell con colores idílicos, pero al admitirla la consideramos una eventualidad *peor* que la del capitalismo, que genera guerras en serie hasta su colapso final. Vemos en ella la expresión más contrarrevolucionaria y antiproletaria, aquella que, algo nada sorprendente para la visión teórica marxista, concentra más al servicio de la opresión capitalista, en un mando único férreo de la policía mundial con el monopolio de todos los medios de destrucción y de ofensiva, los medios de estrangular toda rebelión de los explotados.

El pacifismo como renuncia genérica al uso de medios violentos de Estado a Estado, de pueblo a pueblo y de hombre a hombre, es una de las muchas ideologías vacías sin fundamento histórico a las que el marxismo ha hecho justicia. Las doctrinas de la no resistencia al mal, además de ser irreales y carecer de ejemplos históricos, sólo pueden servir para destruir en el seno de la clase obrera la preparación para levantarse con el uso de la fuerza para derrocar el régimen burgués, que los marxistas no admiten que pueda caer de otra manera; son, por tanto, doctrinas antirrevolucionarias.

El propio cristianismo, hoy el principal medio para dormir a los oprimidos y aceptar la injusticia social con su horror a la violencia, que impide hipócritamente a los sacerdotes de todas las iglesias bendecir las guerras y la represión policial, como hecho histórico fue una cuestión de lucha e incluso Cristo dijo que no había venido a traer la paz sino la guerra.

La tesis de que la guerra era inevitable en las sociedades antiguas y medievales, pero que una vez establecida la revolución burguesa y liberal en todas partes sería posible resolver los conflictos entre los estados por medios incruentos, siempre fue considerada por los fundadores del marxismo como una de las más sucias y necias apologías del sistema capitalista. Carlos Marx, que siempre tuvo que lidiar con estos ideólogos desfasados del civilismo burgués, no disimuló su infinito fastidio y acabó blandiendo su infalible látigo sobre sus divagaciones, y en la ruptura con el falso revolucionarismo anarquista de Bakunin una de las razones de principio fue el cuelgue de los libertarios con estos círculos suizos y cuáqueros.

Toda la poderosa campaña contra los socialpatriotas de 1914, que nunca será suficientemente recordada e ilustrada en la ardua labor de reconducir el movimiento proletario por el buen camino, los tachó al mismo tiempo de renegados como servidores del militarismo, y de servidores de la correlativa dirección de solidaridad legal internacional y ginebrina, que para Lenin consistía en la verdadera Internacional capitalista para la contrarrevolución.

(*sigue en pág. 14*)

Sobre el hilo del tiempo

(viene de la pág. 15)

HOY

En vísperas de cada guerra, el reclutamiento de las milicias se hace hoy por medios más complejos que en los siglos pasados. En las sociedades grecorromanas, los ciudadanos libres luchaban y los esclavos se quedaban en casa. En la época feudal, la aristocracia tenía como función la guerra y complementaba sus ejércitos con voluntarios: voluntarios y mercenarios son la misma cosa, los que deciden por iniciativa propia ser soldados aprenden el arte y buscan su lugar. La burguesía capitalista introdujo la guerra por la fuerza; pretendiendo haber dado a todo el mundo la libertad cívica, suprimió la libertad de no ir a matarse; por el contrario, quiso que la gente lo hiciera gratis o por la sopa. Un viejo melodrama cantaba en tiempos del absolutismo: vendió su libertad, se hizo soldado. El censor se alarmó por la terrible palabra libertad y quiso cambiarla por *lealtad*. Sin embargo, el nuevo régimen burgués consideraba que la libertad personal era algo demasiado noble como para pagarla, y la tomó sin recompensa.

El Estado dispone ahora de mercenarios, voluntarios y soldados reclutados, pero la guerra se ha convertido en un asunto tan vasto que todavía no es suficiente. Los efectos de la guerra pueden despertar el descontento de toda la población militar o no militar, y para frenar este descontento, además de las diversas gendarmerías en los frentes externo e interno, debe haber toda una movilización de propaganda a favor de la propia guerra, el colosal ladrido de mentiras que la historia de las últimas décadas nos ha hecho presenciar en oleadas, y que ha rehabilitado a todo tipo de narradores que registran la vida de los pueblos, desde el brujo tribal hasta el augur romano, pasando por el sacerdote católico y el candidato parlamentario.

Ahora bien, en esta preparación de la masacre, en esta fábrica de entusiasmos por la carnicería general, un personaje conocido se sitúa a la cabeza de todo el macabro carnaval, la gran Idea, la noble Causa de la Paz, la blanca paloma reducida a una *señorita* desplumada.

Fieles seguidores de la ideología burguesa, los dirigentes traidores han llevado a la clase obrera mundial al frenesí y la han extraviado detrás de todos estos títeres, entregándola, perdida y pasiva, a los deseos de sus enemigos de clase.

Le han dado la palabra para luchar por todos los objetivos de sus opresores, lo han puesto a disposición de la patria, para la nación, para la democracia, para el progreso, para la civilización y para todo menos para la revolución socialista. Son capaces de ponerla a disposición de disturbios y revoluciones, siempre que sean las revoluciones de otros.

Cuando en Rusia aún quedaban dos revoluciones por hacer, y según la visión marxista no era posible hacer sólo una, había que combatir a dos tipos de oportunistas (los mismos que fueron derrotados por Marx en el '48 europeo): los que querían injertar un economicismo socialista en el régimen zarista y los que querían utilizar a los obreros para una revolución burguesa, argumentando que era necesario dejar vivir al régimen capitalista durante mucho tiempo para una mayor evolución. Lenin esculpió la posición revolucionaria en una frase muy simple: la revolución debe servir al proletariado, no el proletariado a la revolución. Es decir: no estamos aquí para poner el movimiento obrero que va tras nuestro partido al servicio de las reivindicaciones o incluso de las revoluciones de otras clases, sino que queremos enviarlo a la lucha por los objetivos autónomos y originales de nuestra clase y sólo de ella.

El movimiento actual de los llamados partidos comunistas no hace más que encuadrar a los trabajadores para enviarlos después a las marionetas de la mentira burguesa, para quemar sus energías al servicio de todos los objetivos de la clase no trabajadora.

A la campaña por la democracia y el liberalismo parlamentario y burgués amenazados por el fascismo, a la lucha por las vergonzosas palabras del resurgimiento nacional, de la nueva revolución democrática, palabras cien veces más insensatas que las utilizadas por los antibolcheviques en la época del zar, le sigue ahora una nueva y más innoble fase del engaño mundial: la batalla bajo la consigna del pacifismo.

Éste es un nuevo y mayor capítulo en la negación y abjuración del comunismo marxista. La cruzada contra el capitalismo imperialista de América y de Occidente sería una consigna proletaria, pero en ese caso -además de no poder ser dada por quienes tendieron los puentes de desembarco y cobraron sus salarios- sería una consigna no de paz sino de guerra, de guerra de clases, en todos los países.

La campaña por la paz y los congresos con invitaciones a todos los pensadores no comunistas no son sólo más derrotistas que el planteamiento de clase del movimiento obrero, que corona dignamente a todos los demás, no sólo son un servicio de primer orden prestado al capitalismo en general, sino que van a conducir, como la gran cruzada democrática llevada a cabo de forma sucia de 1941 a 1945, para fortalecer las grandes estructuras estatales atlánticas, que sólo se derrumbarán cuando se enfrente al sistema burgués haciendo saltar sus falsas banderas de Libertad y Paz para aplastarlo abiertamente con la dictadura y la guerra de clases.

El imperialismo ruso, en el choque con el imperialismo estadounidense y los imperialismos europeos, mueve sus tropas a la reconquista territorial de las áreas estratégicas de Ucrania: después de Crimea ¿el Donbass y luego Odessa?

Desde hace 8 años, en la región de Donbass, en particular en las provincias de Lugansk y Doneck, se producen enfrentamientos armados entre los separatistas de habla rusa y el ejército ucraniano, a pesar de los aclamados acuerdos de Minsk de 2014 y Minsk II de 2015 que implicaron a Ucrania, Rusia, la OSCE, los representantes de las dos autoproclamadas Repúblicas Populares de Lugansk y Donetsk y, en los acuerdos de Minsk II, también Francia y Alemania. Según datos reportados por los medios, los muertos en estos 8 años de guerra de «baja intensidad» habrían sido nada menos que 22.000.

Que estos acuerdos serían respetados por ninguna de las partes directamente implicadas -Ucrania, Rusia, separatistas de habla rusa- quedó claro desde el principio, tanto que hizo falta un Minsk II que, en todo caso, no trajo paz. Por parte de Kiev, no se respetó el compromiso de reconocer a las dos «repúblicas» de Lugansk y Doneck esa gran autonomía prometida y acordada, manteniendo una fuerte presencia de su propio ejército; por parte de estas dos «repúblicas», con Rusia jugando el papel de verdadero contendiente detrás de ellas, los ataques armados contra el ejército ucraniano considerado «ocupante» de la parte occidental de las provincias de Lugansk y Donetsk nunca han cesado. En realidad, como destacamos en nuestra posición del pasado 25 de diciembre (1), la verdadera causa del conflicto en el Donbass se encuentra en el hecho de que esta región es absolutamente estratégica tanto para Rusia como para Ucrania

desde el punto de vista económico y político y, desde el punto de vista de los contrastes interimperialistas, también para los imperialismos europeo y americano. Lo es, de hecho, para la OTAN y la Unión Europea, ya que, en 1991, tras el colapso de la URSS, todos los países que formaban parte del imperio ruso se separaron, independizándose de Moscú. Pero en la era imperialista, la independencia de un país de todos los demás, y sobre todo del imperialismo que antes lo dominaba, sigue siendo un anhelo abstracto; son tantos los aspectos de carácter económico, financiero, político y militar que determinan la política interior y exterior de cada esta-

do, que cada país está obligado -sobre todo si se inserta en áreas geopolíticas de gran interés en la competencia entre imperialismos-, como Europa del Este- a alquilar su «independencia», y por lo tanto su territorio, su economía y su gobierno, a uno de los polos imperialistas que mejor puede favorecer sus intereses nacionales o, al menos, protegerlos de ataques de países enemigos.

Por supuesto, el grado de sometimiento de cada estado a un imperialismo más fuerte depende de una serie de factores político-económicos que pueden variar según el equilibrio de poder entre los diferentes imperialismos que dominan en el mercado internacional y, por tanto, en el mundo. y del grado de debilidad del país subyugado.

En el caso de las antiguas Repúblicas Democráticas Populares de Europa del Este que formaban parte del Imperio Ruso -y que la contrarrevolución estalinista, tergiversando totalmente el marxismo, definió como «socialistas»- la transmigración de satélites de Moscú a satélites de la Unión Europea y de los Estados Unidos tomó unos quince años; comenzó con Alemania Oriental, que se fusionó con Alemania Occidental (después de la caída del «muro» de Berlín en 1989) y luego continuó con Polonia, Hungría, Checoslovaquia (que luego se dividió pacíficamente en República Checa y Eslovaquia), Bulgaria, los países bálticos, etc., mientras que otros países como Bielorrusia y Ucrania seguían sufriendo, a pesar de su «independencia», mucho más directamente de la fuerte presión de Moscú.

Pues bien, esa larga transmigración produjo, además de la integración de muchos de esos países en la Unión Europea, también la afiliación de muchos de ellos a la OTAN (República Checa, Hungría, Polonia, Bulgaria, Estonia, Lituania, Letonia, Rumanía, Eslovaquia).

La OTAN, la Alianza Atlántica militar, fue fundada en 1949 por Estados Unidos y otros 11 países de Europa Occidental; en 1955, Alemania Occidental también se unió a ella, y es en este momento que la URSS, al ver las fuerzas militares de la OTAN acuarteladas a las puertas de Alemania Oriental -notoriamente el lado

estratégicamente más importante de las fronteras europeas del famoso «Telón de Acero»- corrió a unir, en lo que se denominó Pacto de Varsovia, las fuerzas armadas de la URSS y de otros países de Europa del Este que formaban parte de sus dominios occidentales (Alemania del Este, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria) construyendo de esta manera, a lo largo de la toda la ruta que iba desde las fronteras de los países bálticos hasta el Mar Negro, una importante cortina defensiva ante cualquier ataque terrestre y aéreo.

Con el colapso de la URSS, el Pacto de Varsovia se disolvió y el telón defensivo formado por los países del Pacto de Varsovia se evaporó. La grave crisis económica y política en la que se sumió Rusia en la década de los noventa del siglo pasado la obligó a replegarse en las fronteras de la Federación Rusa en solitario, tratando de mantener y consolidar los lazos con las etnias rusas que habitaban normalmente en algunos países (países Bálticos, Bielorrusia, Moldavia, Ucrania).

Basta mirar el mapa para comprender que, asentada en Bielorrusia y Ucrania, Rusia sigue teniendo, desde el punto de vista militar, un válido colchón defensivo, y desde el punto de vista económico, sobre todo en lo que se refiere a Ucrania, un excelente aliado tanto para la producción agrícola como para la producción industrial y energética. Obviamente, Moscú no veía con buenos ojos la propensión ucraniana a integrarse en la Unión Europea y menos aún en la OTAN. Así como a la Casa Blanca no le gustaron los misiles rusos instalados en Cuba en 1962, a Rusia tampoco le gustan los misiles estadounidenses que se instalarían en Ucrania si ésta entrara en la OTAN. En 1962, Estados Unidos amenazó con hacer la guerra a Rusia, lo que hubiera provocado una guerra mundial; sesenta años después, en 2022, Rusia, ocupando Ucrania, está tratando de anticipar la instalación de misiles estadounidenses en Ucrania... «para evitar una guerra global»...

En un período en el que los países europeos han demostrado que no tienen la capacidad, ni el interés, de compactarse políticamente -dada la feroz competencia interimperialista existen-

(sigue en pág. 16)

(viene de la pág. 15)

te entre ellos, y en particular entre Alemania y Francia- y en un período en que incluso Estados Unidos está demostrando tener serias dificultades para mantener la supremacía política en el llamado «mundo occidental», Rusia está realizando movimientos que hace sólo quince años ni siquiera hubiera imaginado. Sus intervenciones en Siria y Libia, su hábil «alianza» con Turquía, aprovechando la ambición de Ankara de hacerse un lugar entre las potencias regionales de Oriente Medio, combinado con la desastrosa conducción de la guerra estadounidense/europea en Irak, Libia, en Siria y Afganistán marcan una serie de pasos que el imperialismo ruso, históricamente experto en esperar pacientemente a moverse con el «invierno general» como un aliado más, está dando para recuperar al menos algunos pedazos del antiguo poder imperialista.

Pero el imperialismo no tiene fuerza a menos que se apoye en sólidos cimientos económicos y financieros. Y el imperialismo ruso no puede competir en términos de fuerza económica y financiera con el imperialismo estadounidense. Por otra parte, está dotado de fuerza militar, y en particular de fuerza nuclear, y es este aspecto el que preocupa a Washington, Berlín, París, Londres, Roma y sobre el que, evidentemente, apunta Moscú.

El territorio ruso se extiende entre Europa y Asia; esta inmensidad en dos continentes era al mismo tiempo una fuerza (si es atacado, por ejemplo desde el oeste, uno puede retirarse sobre un vasto territorio que permite reorganizar las fuerzas y contraatacar), pero también una debilidad (porque, si es atacado por ambos lados, del Este y del Oeste, es mucho más difícil reorganizar el contraataque). Pero ocupar Rusia, tomar Moscú (que sería como tomar París por Francia), nunca ha sido tarea fácil; Napoleón lo intentó, Prusia lo intentó en la Primera Guerra Mundial, Alemania lo intentó en la Segunda Guerra Mundial, pero nadie tuvo éxito. Una sola fuerza logró derrocar al poder en Rusia, entonces ubicado en Petrogrado, la revolución proletaria y comunista de 1917; fuerza que representó la punta de lanza de la revolución mundial que tuvo como objetivo el derrocamiento de las potencias burguesas no sólo en Rusia sino también en Varsovia, Budapest, Berlín, Viena y luego en París, Londres, en la perspectiva de la revolución hacia Oriente, en China, y en el profundo Oeste, América. Ese gran plan revolucionario no se concretó, no sólo porque las po-

tencias imperialistas europeas y americanas resistieron y contraatacaron diez veces (como sostenía Trotsky), sino sobre todo por la obra del oportunismo reformista y, posteriormente, estalinista que, como un cáncer, debilitó al proletariado, su lucha y los partidos que debían orientarlo y guiarlo en cada país, al punto de borrarlos del horizonte durante décadas.

Hoy, debido a la ausencia durante décadas de la lucha de clases del proletariado en todos los países, cada potencia imperialista, cada potencia burguesa, tiene la libertad de implementar las políticas que considere más adecuadas para proteger y desarrollar sus propios intereses político-económicos; los poderes burgueses se enfrentan y chocan *sólo* entre sí. Y así nos vemos obligados a registrar, en los últimos cincuenta años que nos separan de la gran crisis mundial de 1975 y del fin de los grandes levantamientos anticoloniales, una interminable serie de guerras locales, regionales, incluso tribales, en las que las diversas están comprometidas, directa o indirectamente, potencias imperialistas. Guerras que casi siempre se desarrollaron en la «periferia» del imperialismo, en África, Asia, América Latina, en los territorios donde se desarrolló la dominación colonial más brutal durante siglos; mientras que Europa Occidental y América aparecían como lugares donde reinaba la paz, continuando con el engaño a los proletarios de las metrópolis de que la paz en la que vivían se debía a la democracia, a la civilización moderna, al desarrollo capitalista. Pero la historia de este desarrollo, tal como condujo a la crisis mundial de 1975, condujo luego al colapso de la URSS y las conmociones en Yugoslavia que también provocaron su colapso bajo los golpes de la crisis económica y la guerra entre nacionalismos renacidos con nueva fuerza: entonces, se dijo, la guerra había llamado a las puertas de Europa y había entrado en ella durante toda una década.

Hoy vuelve a tocar, siempre a las puertas del este, esta vez en Ucrania, pero, a diferencia de la década yugoslava (1991-2001), ningún imperialismo occidental, el primero Estados Unidos, pretende involucrarse militarmente en la defensa de la santísima soberanía nacional de Kiev.

Rusia ha calculado bien su tiempo: ha dejado la puerta abierta a las discusiones diplomáticas, y al mismo tiempo ha acumulado de 170 a 190 mil soldados en la frontera con Ucrania, listos para intervenir -como lo han hecho muchas veces los EE.UU.,

Francia, Gran Bretaña- como «fuerzas de interposición», no como fuerzas de ocupación sino como fuerzas militares en defensa de la «soberanía» de dos autoproclamadas repúblicas y hace unos días reconocidas oficialmente por la Duma rusa. El pretexto para la expedición militar a gran escala estaba sobre la mesa, y Putin no tuvo problema en utilizarlo para justificar la intervención militar rusa que anunció con dos propósitos: proteger a la población de las dos repúblicas separatistas de Donbass de la represión ucraniana, y desmilitarizar el país Ucrania del poder «nazi» del gobierno de Kiev.

La reacción estadounidense se reduce a sanciones amenazantes, más duras que las ya implementadas en 2014 cuando Rusia tomó Crimea, tanto económica como financieramente; tras el revés recibido por Macron y Scholtz, que corrieron a Moscú para persuadir a Putin de que no invadiera Ucrania, la Unión Europea se ha sumado a Washington: sanciones, sanciones, sanciones.

Los intereses comerciales y financieros de Alemania, Italia, Francia, Polonia y muchos otros países europeos con Rusia tienen un peso significativo, y no sólo en lo que se refiere al gas natural que, a través de los numerosos gasoductos existentes, llega a Europa Occidental cubriendo cerca del 40% de sus necesidades energéticas: un porcentaje que solo puede garantizar Rusia, que de hecho puede incluso aumentar cuando el Nord Stream 2, el gasoducto ya listo y que, en el fondo del Mar Báltico, llega directamente desde Rusia a Alemania sin pasar a través de cualquier tercer país, comenzó a funcionar. Alemania e Italia, los dos principales países fabricantes de Europa, son los dos países que dependen significativamente del gas ruso; en todo caso, Rusia, en reacción a las fuertes sanciones que le fueron impuestas por la guerra de Ucrania, cerrara los grifos del gas a Europa. Alemania e Italia serían los países que pagarían el precio más caro de la historia. Por supuesto, Rusia también perdería, porque no encontraría fácilmente una alternativa, ni siquiera con China, que últimamente parece interesada en el gas ruso. Por lo tanto, no se desencadenarán fuertes sanciones recíprocas ni de un lado ni del otro, a pesar de la considerable presión estadounidense sobre los europeos. Los intereses en juego son demasiado grandes para ponerlos en riesgo solo para complacer a Washington... Mientras se trate de discursos, el tiempo que quieras... y sanciones que impliquen un precio

no demasiado alto a pagar, está bien, pero si se trata de dar un golpe fatal a la recuperación económica que acaba de renacer tras los años de pandemia...No, ni hablar, sobre todo para Alemania, la única que puede tener en cuenta las presiones de EE.UU y de Moscú.

Por lo tanto, la expedición militar de Moscú a Ucrania continuará, en medio de gritos y gritos de todas las cancillerías occidentales por lesionar la soberanía nacional y por lesionar la democracia; pero los negocios son los negocios y, como ya sucedió en 2014 ante la ocupación militar de Crimea, las sanciones occidentales contra Moscú no detuvieron ni la ocupación ni la anexión de Crimea a Rusia; ¿pueden detener la ocupación militar rusa de Donbass (que es la región minera más importante de Ucrania)? ¿o incluso la guerra en Ucrania?

Dada la situación general actual de las relaciones de poder interimperialistas, es más probable que en Ucrania suceda lo que sucedió en parte en Georgia, a saber, que Rusia 1) impida que el país se afilie a la OTAN, 2) que parte del país habitada por grupos étnicos rusos se separe en una república autónoma y constituya un trampolín para futuras operaciones de mayor envergadura, 3) que las cuñas que representan estas áreas separatistas también dan sus frutos desde el punto de vista económico y en términos de comunicación con otros países directamente controlados por el poder ruso, 4) lo que constituye una constante advertencia a los países vecinos de la presencia militar rusa, dispuesta a intervenir rápidamente para defender las fronteras sagradas incluso lejos de Moscú, o para anexar los territorios cuando la situación general se presentara a favor de la posible anexión. En efecto, no debe olvidarse que el imperialismo no sólo significa la economía de los monopolios y el capital financiero, sino también la ocupación y anexión de territorios.

Como escribimos en la posición tomada el 25 de diciembre: «Ucrania es uno de los lugares que puede convertirse en un semillero de guerra imperialista cuando las tensiones internacionales, exacerbadas por las crisis económicas, empujan nuevamente a los grandes imperialismos hacia un conflicto del tercer mundo. Las «nubes» amenazantes continúan acumulándose, pero aún no estamos en vísperas de tal conflicto; además, las futuras alianzas de guerra aún no se han establecido: ¿Lograrán Rusia y Estados Unidos llegar a un acuerdo contra China, o se materializará el eje

ruso-chino contra Estados Unidos?». Mientras tanto, China se asoma a la ventana y mide las diferentes reacciones de los imperialistas competidores desde la posición de un futuro protagonista, interesado en comprender el tipo de actitud y fuerza de quienes podrían convertirse mañana en aliados o enemigos. No cabe duda de que en estos momentos le interesa justificar los movimientos de Moscú en una función antiamericana y porque un día, después de haber puesto sus manos sobre Hong Kong, pretende comerse el bocado más sabroso, formado por Taiwán (la isla de Formosa), a la que Pekín siempre ha considerado parte integrante de China y que en 1949 fue sustraída de la unidad territorial nacional de la República Popular China por el imperialismo angloamericano, teniendo a Rusia de su lado.

La época imperialista del capitalismo es la época de la guerra permanente, en distintos niveles, según la acumulación de contradicciones sociales y la sucesión de crisis económicas y financieras que indiscutiblemente la caracterizan. Los acuerdos diplomáticos y los acuerdos de «paz» que siguen a las guerras, incluso las más devastadoras, no serán, como nunca lo han sido, para impedir la carrera natural del capitalismo hacia la guerra; las dos guerras mundiales imperialistas del siglo pasado proyectan su sombra sobre la próxima tercera guerra mundial imperialista en la que inexorablemente se precipitarán los conflictos interimperialistas. La única fuerza social capaz de impedirlo o detenerlo no será nunca burgués e imperialista, ni siquiera en su forma más democrática y civil: será la fuerza social representada por la clase obrera, por el proletariado que en todo el mundo se ve constreñido por las mismas condiciones salariales y al que que las mismas contradicciones económicas y sociales empujan al antagonismo de clase que caracteriza a la sociedad burguesa, el resorte de una lucha que no es pacífica, ni democrática, ni parlamentaria, sino de clase: entonces la guerra imperialista será transformada en guerra civil, como afirmaron Marx y Engels sobre la experiencia de la Comuna de París y como lo afirmaron Lenin y la Internacional Comunista tras la revolución victoriosa de octubre de 1917.

Para que el proletariado esté preparado para esa cita histórica con su revolución de clase, debe sacudirse el espeso manto de legalismo, del pacifismo y del democratismo con el que el oportunismo colaboracionista lo ha revestido no para emanciparlo sino para sofocarlo y encadenarlo aún más a las

necesidades exclusivas del capitalismo. El poder burgués de cada país ha hecho, hace y hará siempre su apelación a la patria, a los valores nacionales, a la cultura y a la unidad nacional por lo que siempre pide y pedirá, obliga y obligará siempre a los proletarios a dar sudor y sangre tanto en tiempo de paz que en tiempo de guerra. Es el podrido nacionalismo gran ruso el que choca con el podrido nacionalismo ucraniano, hoy, a pesar de cualquier grito de libertad y soberanía popular: es contra todas las formas de nacionalismo que los proletarios deben luchar porque el nacionalismo es uno de los más insidiosos y efectivos vectores del trabajo de competencia entre proletarios. La unión de los proletarios no está en el terreno de la nación, sino en el terreno de clase, anticapitalista, antiburgués y por lo tanto internacionalista.

¡Contra el disciplinamiento de los proletarios en los ejércitos nacionales burgueses!

¡Contra el derramamiento de sangre proletaria para hacer que una banda de explotadores y torturadores triunfe contra la banda contraria de explotadores y torturadores!

¡Contra toda forma de competencia entre proletarios!

¡Por la solidaridad de clase entre los proletarios ucranianos y rusos, por la unión de los proletarios de cualquier nacionalidad y etnia sobre las fronteras burguesas!

¡Por la reanudación de la lucha de clases realizada con medios y métodos de clase, en defensa de los intereses inmediatos y generales que son exclusivamente proletarios!

¡Por la reconstitución del partido de clase, del partido comunista revolucionario, internacional e internacionalista!

24 de febrero de 2022

(1) Cfr. *Tensiones en la frontera ruso-ucraniana: solo el proletariado puede poner fin a los enfrentamientos imperialistas*, 25/12/2021.

Para leer todas las tomas de posición del partido visita nuestro sitio:

www.pcint.org

Presentación de la revista Programa Comunista

El partido siempre ha tratado de difundir internacionalmente su programa, sus tesis, sus posiciones, documentando la continuidad teórica y programática con el comunismo revolucionario fundado por Marx y Engels, restaurado a finales del siglo XIX y principios del XX por Lenin, reafirmado y defendido enérgicamente por la Izquierda Comunista de Italia, que fundó el Partido Comunista de Italia y luchó intransigentemente contra toda desviación, no sólo anarquista, reformista o maximalista, sino también, y sobre todo, estalinista.

Con la victoria de la contrarrevolución burguesa, con la que el estalinismo y su teoría de la construcción del socialismo en un solo país rompieron definitivamente con el marxismo, fue inevitable la degeneración completa de la Internacional Comunista - iniciada en el plano táctico en 1922, luego continuada en el plano organizativo, después en el plano político más general y, finalmente, en el plano teórico - y el hundimiento de la revolución proletaria y comunista no sólo en Rusia - el primer baluarte glorioso de la revolución mundial - sino en todo el mundo. La participación de la Rusia «soviética» en la segunda guerra imperialista de 1939-1945 cerró efectivamente la larga fase degenerativa del movimiento comunista internacional. El movimiento comunista revolucionario tenía que salir de ese abismo y sólo podía hacerlo restaurando la doctrina del comunismo revolucionario de arriba abajo.

¿Qué fuerzas, aunque sean infinitesimales, fueron capaces de llevar a cabo esta colosal tarea?

El trotskismo había demostrado, tanto desde el punto de vista táctico como teórico, que era incapaz de restaurar el marxismo. Enfermo de democracia y de artificios, aunque se basó en las grandes batallas políticas y teóricas de Trotsky sobre *Terrorismo y el Comunismo* y en los combativos debates de 1926 en defensa de las posiciones de Lenin contra los falsos «leninistas» de Stalin o Bujarin, nunca logró elevarse a las alturas teóricas de su fundador, y mucho menos a las de un Lenin. El único movimiento político que tenía lo necesario para llevar a cabo la vital tarea de restaurar la doctrina marxista y, con ella, la línea programática coherente, resultó ser la Izquierda Comunista de Italia, que tuvo en Amadeo Bordiga a su mejor y más consecuente representante. Las grandes, y menos grandes, batallas en defensa del marxismo llevadas a cabo por la izquierda comunista de Italia desde 1912, primero durante y después de la primera guerra imperialista, en el seno del Partido Socialista y luego en la Internacional Comunista fundada en 1919, constituyeron la base para la fundación del Partido Comunista de Italia en enero de 1921. La intransigencia teórica y programática que la

distinguía fue tomada, en su momento, por una manía formalista, y confundida de forma demasiado simplista con el antiparlamentarismo que, por otra parte, era sin duda una característica de la izquierda. Indiscutiblemente, la coherente batalla teórica, programática, política, táctica y organizativa de la Izquierda Comunista de Italia desde la evaluación del parlamentarismo en los países de la vieja democracia, y del fascismo como respuesta imperialista burguesa al peligro de la revolución proletaria, así como las esenciales contribuciones realizadas a las condiciones de admisión en el C.I. y la lucha no sólo contra el reformismo clásico y tradicional, sino sobre todo contra el maximalismo (revolucionarios de palabra, reformistas de hecho) y contra el obrerismo que había arraigado en los ordnovistas de Turín, fue la batalla histórica sobre la que fue posible que el movimiento que después de la Segunda Guerra Mundial era la Izquierda Comunista de Italia volviera a trabajar tanto por la restauración de la doctrina marxista (el partido histórico) como por la reconstitución del partido de clase como partido formal.

Sabíamos que este trabajo sería arduo y llevaría mucho tiempo. La devastación teórica y programática llevada a cabo por el estalinismo había hecho tierra quemada; era necesario profundizar mucho en la historia, en las contradicciones de la sociedad, en las causas de la derrota de la revolución mundial entre 1922 y 1926, y hacer resurgir el auténtico marxismo en toda su potencia, a pesar del gigantesco trabajo de falsificación llevado a cabo por el estalinismo. Con la reorganización de los pocos militantes de la Izquierda Comunista de Italia que no se plegaron a los dictados y halagos del estalinismo, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas más coherentes con las batallas y valoraciones históricas de la Izquierda Comunista consiguieron, a través de discusiones, enfrentamientos y rupturas, recuperar el hilo del tiempo no sólo desde el punto de vista programático y teórico, sino también desde el organizativo. En 1952 nació el Partido Comunista Internacionalista-II Programa Comunista, que soldó su trabajo, su actividad y sus perspectivas a ese hilo del tiempo que había sido roto por el estalinismo. A partir de entonces, una de las tareas prioritarias del partido fue difundir lo más ampliamente posible, en las diferentes lenguas, los resultados de la restauración teórica y la definición de las líneas políticas y tácticas en torno a las cuales el partido pretendía desarrollarse, sin «apurar las etapas» mediante expedientes tácticos u organizativos, sino siguiendo un plan de propaganda según el cual -como elementos de las diferentes nacionalidades (de Francia a Alemania, de España a Sue-

cia) afectadas tanto por la emigración italiana a otros países como por la inmigración a Francia y Suiza, en particular desde el sur de Europa, África y América Latina la necesidad, y la posibilidad práctica, de traducir a las distintas lenguas tesis y textos que, en la gran mayoría de los casos, habían sido escritos en italiano.

La actitud profundamente internacionalista del partido obligaba a que los textos fundamentales del partido, en los que debía basarse el desarrollo de las secciones en los distintos países, estuvieran disponibles en otros idiomas además del italiano. Y así comenzaron las traducciones de ciertos textos, en forma de panfletos, y sobre la base de una cierta actividad continua en el país determinado, se organizaron para publicar revistas y luego periódicos.

Es bien sabido que esta evolución -también dada la fuerte emigración de militantes comunistas italianos a Francia, Bélgica y Suiza- se produjo precisamente en estos países. En 1957 nació la revista teórica del partido en francés, *Programme Communiste*, seguida en 1963 por el periódico *Le Proletaire*. El francés es sin duda una lengua mucho más hablada internacionalmente que el italiano, especialmente en Europa, África, Oriente Medio y la propia Rusia, y era obviamente importante poder difundir la voz del partido en una lengua más utilizada en todo el mundo. Y fue precisamente gracias a la emigración de América Latina a Francia y de España a Suiza que el partido pudo contar con elementos de estas zonas, convertidos en militantes, para organizar la actividad de las secciones en torno a una revista y un periódico: en 1972 salió la revista en español *El programa comunista*, y en 1974 el periódico *El comunista*. Los años setenta fueron años en los que, socialmente, y por tanto políticamente, hubo muchas convulsiones: en Grecia, en España, en Portugal, en América del Sur, y no fueron sólo los coletazos del llamado «sesenta y ocho», sino terremotos sociales determinados por crisis económicas y políticas que en algunos países desembocarían en dictaduras brutales, como en Grecia con la dictadura de los coroneles, en Chile con el Pinochetazo, en Argentina con la dictadura de Videla, y en otros, como Portugal, la dictadura militar tuvo que dar paso a una lenta democratización, también como resultado de las luchas de liberación nacional en Angola y Mozambique, que se independizaron en 1975. De hecho, entre 1974 y 1975, el partido publicó varios folletos en portugués (*Tesis características, Lecciones de las contrarrevoluciones, Los fundamentos del comunismo revolucionario*) para satisfacer la necesidad de conocer nuestras posiciones que había surgido en ese momento. En 1974 se publicó el primer número de la revista en griego *Kommunistikò programma*, mientras que entre 1969 y 1971 salieron varios números de la revista en danés/sueco *Kommunistisk Program*. El esfuerzo del Partido, por tanto, tendía a cubrir las necesidades objetivas de dotar a los elementos de las diferentes nacionalidades de materiales teóricos y polí-

ticos en francés, español, danés/sueco, griego y portugués, sabiendo bien que este esfuerzo sólo podía contar con un largo tiempo desde la devastación estalinista de la teoría, del programa, de las líneas políticas, tácticas y organizativas que habían constituido la base del partido bolchevique de Lenin, de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia, había destruido todo el movimiento comunista internacional, que en la primera posguerra en Europa y en el mundo no había sabido aprovechar la oportunidad histórica abierta por la Revolución de Octubre.

Lo que faltaba en este cuadro era la zona anglófona (Gran Bretaña, Estados Unidos de América, sobre todo), es decir, la zona en la que el capitalismo es más antiguo y el imperialismo ha encontrado su gendarme mundial más fuerte. Con la contribución de algunos simpatizantes, empezaron a publicar materiales en inglés a principios de los años 70, tratando de poner a disposición textos que combinaran el balance de la contrarrevolución con los fundamentos de la teoría marxista. El primer texto que salió a la luz fue *The Foundations of Revolutionary Communism (Los fundamentos del comunismo revolucionario)*, y aprovechó la circulación de la revista teórica del partido Programme communiste para publicar textos en inglés. En el número 64 (octubre de 1974) publicamos *The International Communist Party*, que ofrecía un breve resumen de lo que distinguía a nuestro partido. En el número 65 (diciembre de 1974 - febrero de 1975) le tocó el turno a *The Conditions of Admission to the Communist International*, aprobadas en el segundo congreso del CI en 1920, y al informe del delegado de la Fracción Abstencionista Comunista del PSI (Amadeo Bordiga) sobre estas condiciones, con la propuesta aceptada de añadir la 21ª condición sobre la obligación de los partidos adheridos de expulsar a los reformistas y aceptar las tesis del CI en su totalidad. En no. 65 (abril de 1975) publicamos las *Theses on parliamentarism presented by the Communist Abstentionist Fraction of the Italian Socialist Party*, las *Theses on the Communist Parties and parliamentarism adopted by the second Congress of the Comintern* aprobadas por el segundo Congreso de la Comintern, con discursos de Bucharin, Bordiga, Lenin, y la respuesta de Bordiga en la que la Fracción Comunista Abstencionista acepta las tesis de la IC sobre el parlamentarismo revolucionario -aunque reitera su convicción de la necesidad de rechazar la táctica del parlamentarismo, particularmente en los países de la vieja democracia, tanto para combatir los hábitos y actitudes oportunistas que genera el parlamentarismo, como para dedicar las fuerzas del partido de clase enteramente a la preparación revolucionaria sin distraerlas en la preparación electoral -porque las considera enmarcadas en la estrategia fundamental de la destrucción del parlamentarismo en la que todos los comunistas no podían sino estar de acuerdo. Mientras tanto, se preparaba la traducción al inglés del texto Partido y Clase y, como la activi-

dad del partido encaminada a desarrollar la propaganda en las zonas de habla inglesa del mundo se estaba consolidando, aunque contando con muy pocos elementos, en octubre de 1975 se publicó el primer número de la revista *Communist Program*.

Entre 1975 y 1981 salieron siete números en los que, como se desprende de sus resúmenes, se empezaron a publicar diversas tesis y textos del partido (La fuerza, la violencia y la dictadura en la lucha de clases, etc.) y, por supuesto, artículos de polémica política relacionados con los acontecimientos contemporáneos (Asia, Angola, los palestinos, etc.) y temas de gran calado como el Curso del Imperialismo Mundial.

El número 8 de la revista debería haberse publicado en septiembre/octubre de 1982, pero la crisis interna que se produjo entre julio y octubre de ese año lo impidió. Esta crisis, la más grave de toda la historia de nuestro partido, provocada por el desarrollo en su seno de tendencias que en última instancia eran liquidacionistas en el partido (contingentistas, movimentistas contra las que se oponían las tendencias académicas y de espera), destruyó la organización. Los errores teóricos subyacentes -entre los que se encuentran la valoración errónea de la situación histórica y la ambición equivocada del partido de ser un punto de referencia para los movimientos sociales antinucleares y obreristas- sólo podían hacer estallar una organización que se había engrosado numéricamente con demasiada ligereza, dejando la asimilación teórica y programática en un segundo o tercer plano.

A partir de esa crisis, nosotros, un pequeño grupo compacto, unidos en la necesidad de hacer una evaluación despiadada de los errores en los que había caído el partido, comenzamos a trabajar de nuevo para restaurar las correctas bases teóricas, programáticas, políticas, tácticas y organizativas que siempre habían distinguido a la Izquierda Comunista de Italia y al Partido Comunista Internacional, que representaba su continuidad en todo el mundo.

Le prolétaire, y más tarde *Programme communiste*, *El programa comunista* -las antiguas publicaciones del partido- aseguraron la continuidad del trabajo del partido, especialmente en Francia y Suiza. En Italia, la crisis, que al principio no parecía haber aterrizado en la organización como lo había hecho en otros países (en Alemania, España, América Latina), se presentó con sus factores explosivos de forma tardía, y entre 1982 y 1984 terminó con la completa fragmentación de lo que parecía ser el «núcleo duro» del partido. El titular histórico, el programa comunista, acabó en manos de un grupo de viejos camaradas que se apoyaron en la legalidad burguesa para hacerse con él y se encerraron en el recinto italiano como si eso fuera a salvar un legado político sin ni siquiera un intento de lucha política interna; otro grupo se organizó en torno a una nueva publicación, *Combat*, que planteaba la tesis del «defecto de nacimiento» de la izquierda comunista italiana (una vieja

acusación que ya había hecho Zinóviev a principios de los años 20), que habría sido magnífica en el plano «teórico», pero completamente deficiente en el plano «político» (¡como si, para el comunismo revolucionario, fuera posible separar la teoría de la línea política del partido!). Pero la mayoría de los camaradas, completamente desorientados y asqueados por estos acontecimientos, se retiraron a la vida privada. Un puñado de camaradas, reunidos en torno al periódico *Il comunista* (que ya era un periódico del partido antes de la crisis, previendo el paso de «*Il programa comunista*» a revista en italiano, y de «*Il comunista*» a periódico) continuaron el trabajo de balance de las crisis del partido y en este terreno se reunieron, en 1985, los camaradas de *Le prolétaire*, reorganizando juntos la actividad del partido de forma homogénea.

La histórica revista en español *El Comunista*, que comenzó a publicarse en 1974, también acabó en manos de antiguos militantes que siguen reivindicando su condición de «continuadores» del Partido Comunista Internacional. Nuestra revista teórica en español, *El programa comunista*, que también se interrumpió en 1982 debido a la crisis, pudo reanudar su publicación en 1990 y ha seguido publicándose regularmente desde entonces. Es también gracias a este esfuerzo que nuevos elementos españoles se acercaron al partido, hasta el punto de consolidar con ellos una actividad de carácter partidista en la continuidad del trabajo emprendido con el balance de la crisis de los años 80. Y es esta actividad la que ha servido de base para la publicación de la revista *El proletario*, desde 2012, tras las ediciones bastante regulares, desde 2010, de un suplemento para España de la revista «*El programa comunista*». Dado que la antigua publicación del partido «*El Comunista*» había sido absorbida por el grupo sindicalista-confusionista que aún hoy la edita, decidimos salir con una nueva cabecera porque nunca nos adentraríamos en el terreno de la defensa jurídica de la propiedad comercial de una publicación.

Por supuesto, se necesitaron años para consolidar las actividades del partido superando la crisis de 1982-84. Y después de sembrar semillas incluso en las zonas de habla inglesa, en 2002 comenzamos a publicar la revista *Proletarian*. Sobre la base del trabajo de traducción de textos y tesis del partido que ya se había realizado antes de la crisis, y de los contactos con simpatizantes en Gran Bretaña y Canadá, fue posible publicar *Proletarian* y ahora por fin es posible volver a publicar la revista *Communist Program*.

Hemos decidido, al igual que con la revista española *El programa comunista*, continuar con la numeración que se interrumpió en su momento, por lo que el primer número de la nueva publicación será el nº 8, febrero de 2022.

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Livorno con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar

los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * * * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.